

Sesión 11 • Conciencia y Posibilidad del Mexicano

1. Toma de Conciencia

a. Relatividad de lo universal y universalidad de lo concreto



Observadores atentos se han venido ya refiriendo al extraordinario cambio que está sufriendo la conciencia del mexicano al enfrentarse a su realidad. Este cambio se está haciendo patente en las diversas formas que, están tomando varias expresiones de la cultura en México, lo mismo en el campo del arte como en el de la ciencia y la filosofía. En estos campos el mexicano va adquiriendo una gran seguridad al expresar lo que considera como propio sin timidez ni ocultaciones. Recientemente, uno de estos observadores y gran amigo de lo nuestro, José Moreno Villa, hacía notar este cambio como el paso de un "sentimiento de inferioridad" a un "sentimiento de superioridad". Cambios que también han sido notados como el paso de un agudo pesimismo y degradación de lo propio, a un optimismo y valorización positiva de lo mexicano., Como es de suponerse, no han faltado los eternos inconformes y alarmistas que habiendo gritado ayer contra el pesimismo gritan ahora contra los supuestos peligros que encuentran en este paso al optimismo. No han faltado, tampoco, los que sin otra información que los títulos de libros, artículos y conferencias, han bordado fantásticas y contradictorias explicaciones a un hecho del que sólo conocen por rumores. Sin embargo, lo cierto es que se trata de un "hecho" cuya realidad es innegable al imponerse como uno de los temas más apasionantes de estos últimos años en México. Tema que tiene una historia, la historia de esa realidad de la cual es expresión: la realidad mexicana.

Arnold J. Toynbee, uno de los más grandes teóricos y filósofos de la Historia contemporánea, al hablar, en su más reciente libro, de la rebelión de los pueblos coloniales contra una cultura que el Occidente les había venido imponiendo sin tomar en cuenta la realidad que les era propia, dice: "... hasta la comparativamente débil civilización nativa de México ha comenzado a reaccionar. La revolución por la que atraviesa México desde 1910 puede interpretarse como un primer movimiento para sacudir los avíos de civilización occidental que le impusimos en el siglo XVI; y lo que ocurre hoy en México puede suceder mañana en los asientos de la civilización nativa de Sudamérica: el Perú, Bolivia, Ecuador y Colombia." Al expresarse así el gran historiador inglés, toca la raíz de la mayoría de nuestros grandes problemas y el resorte de la historia de nuestros grandes conflictos que son, también, los de toda la América hispana.

En otro lugar he podido referirme a los problemas y conflictos que planteó el encuentro del Viejo Mundo con el nuestro al ser descubierta y colonizada América. El hombre europeo que hiciera el descubrimiento, conquista y colonización de América venía provisto de una concepción del mundo y de la vida en la cual no tenía cabida la concepción del mundo y de la vida de que se hallaban dotados los pueblos indígenas con los cuales se encontró. Este mundo, en lugar de ser comprendido, fue condenado y negado en aras de la supuesta universalidad que el europeo había dotado a su propia cultura, vida y concepción del mundo. Sin embargo, un mundo real como lo era el descubierto, no podía ser negado así, sin más. A pesar de todos los esfuerzos realizados por el hombre europeo para negar esta realidad sustituyéndola por la propia, ésta continuó viva y palpitante mostrándose con toda su pujanza en las más inesperadas ocasiones.

El hombre de América, resultado de ese encuentro, es el que ha ido tomando conciencia de esta su doble realidad y, con ella, la conciencia de su indiscutible derecho a la universalidad como expresión de lo humano. México, aparte de esta América, ha venido tomando un lugar de privilegio en esta toma de conciencia.

Así, por lo que se refiere a México, es posible captar un sentido, una filosofía de la historia, de la pugna que se ha venido entablando entre las dos concepciones del mundo y de la vida indicada. Lucha dialéctica en la cual una concepción trata de imponerse, mientras la otra pugna por hacerse reconocer. En esta historia podemos ver al

mexicano luchando porque se reconozca su derecho a la única universalidad, su humanidad, su ser hombre igual y semejante a cualquier otro hombre, con independencia de la concepción del mundo y de la vida que se posea. La Revolución de Independencia, la Revolución llamada de Reforma y lo que ahora llamamos significativamente Revolución Mexicana, son expresiones, cada vez más conscientes de este afán. A través de ellas la realidad mexicana se ha ido imponiendo como problema subordinando la adaptación de teorías y doctrinas importadas, a las necesidades que esta realidad ha ido haciendo patentes. La universalidad de esas doctrinas y teorías ha sido puesta en continua prueba en la realidad para la cual fueron adaptadas. De su eficacia en la solución de estos problemas ha venido dependiendo su mayor o menor éxito.

Desde el punto de vista teórico, ha sido la misma Europa, la Cultura Occidental contemporánea, la que ha venido a dar justificación a este afán que hasta ayer sólo se expresaba con hechos, sorda e intuitivamente. Europa, hasta ayer tan impositiva en sus puntos de vista, encuentra justificadas las pretensiones de otros pueblos, como el nuestro, a que les sea reconocida su humanidad. El europeo, después de las últimas catástrofes que su cultura ha sufrido, se ha dado al fin cuenta de la accidentalidad de sus pretensiones de universalidad absoluta con que dotaba a sus expresiones culturales. Se ha dado cuenta de que toda universalidad se justifica, únicamente, en lo que podemos llamar piedra de toque de lo humano. En este sentido toda obra humana puede ser universal si no pretende ser otra cosa que humana.

El hombre europeo no se siente ya donador de humanidad en un sentido absoluto. Por el contrario, reconoce, tal y como lo hace Toyn-bee en el libro citado y en todas sus obras, este mismo derecho y capacidad a 'otros pueblos. El Mundo Occidental no es ahora, sino una parte del Mundo, una parte de la Cultura, acaso la más reducida del conjunto de la misma, formado por múltiples pueblos que, en su totalidad, no vienen a ser otra cosa que esa disputada humanidad de que tanto se habla. Pueblos con los cuales el Mundo Occidental ha de tener que contar en el futuro. En nuestra época, sólo una ceguera suicida puede hacer que un pueblo o una cultura determinada consideren sus propios puntos de vista como "los únicos" puntos de vista y se empeñen en sostenerlos a toda costa sin comprender los ajenos. La crisis actual de esta interpretación ha dado a muchos europeos la conciencia de la limitación de sus puntos de vista y' con ella, la de la necesidad de comprender los que hasta ayer parecían serle ajenos.

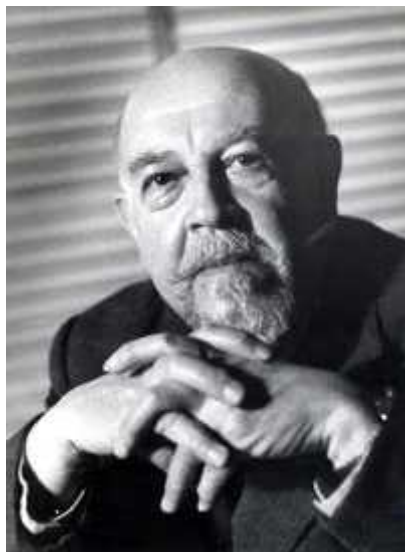
Nadie como Jean Paul Sartre ha expresado tan dramáticamente esta situación cuando hace decir a uno de los personajes de una de sus novelas: "Era tan natural ser francés... Era el medio más sencillo y económico de sentirse universal. Eran los otros..., quienes tenían que explicar por qué mala suerte o culpa no eran completamente hombres. Ahora Francia está tendida boca arriba y la vemos como una gran máquina rota. Y pensamos: era esto un accidente del terreno, un accidente de la historia. Todavía somos franceses, pero la cosa ya no es natural. Ha habido un accidente para hacemos 'comprender que éramos accidentales."

El hombre europeo se siente ya sin los pretendidos derechos a enjuiciar a otros hombres partiendo de sus estrechos puntos de vista; ahora, por el contrario, se empieza a dar cuenta, tiene ya conciencia, de que estos otros hombres pueden y saben también enjuiciar. Los errores de Europa pueden ser ahora puestos en juicio; se la puede condenar como ella, antaño, condenó a otros pueblos por no estar de acuerdo con lo que para estos pueblos significa ahora lo humano.

b. Angostamiento y universalidad de la conciencia

Hace ya algunos años, el filósofo español José Ortega y Gasset hacía patente un gran espíritu de crítica respecto a la pretensión de universalidad de la Cultura Europea. Espíritu crítico que, desgraciadamente habría de abandonar más tarde frente a América. "En los últimos siglos el hombre europeo -decía el filósofo hispano- ha pretendido hacer historia en un sentido objetivamente universal. De hecho, siempre parecerá al hombre que su horizonte es el horizonte y que más allá de él no hay nada... Esto es, en efecto, lo que ha acontecido con la ciencia histórica europea durante tres siglos: ha pretendido deliberadamente tomar un punto de vista universal, pero, en rigor, no ha fabricado sino historia europea." La historia 'del resto del mundo, desde este punto de vista, no contaba por no encajar dentro de esta supuesta universalidad. "Porciones gigantescas de vida humana, en el pasado y aun en el presente, le eran desconocidas y los destinos no europeos que hablan llegado a su noticia eran tratados como formas marginales de lo humano, como accidentes de valor secundario, sin otro sentido que subrayar más el carácter

sustantivo, central de la evolución europea." Todo giraba en torno al eje del progreso del mundo europeo. "Cuando un pueblo parecía no haber contribuido a él, se le negaba positiva existencia histórica y quedaba descalificado como bárbaro o salvaje." Pero hoy, agrega Ortega, "hoy empezamos a advertir cuánto hay de limitación provinciana en este punto de vista".



Al hablar así, Ortega y Gasset coincidía con lo que más tarde habrían de parecerle "gestecillos de aldea" de nuestro Alfonso Reyes. "Uestecillos" que se habían expresado en lo concreto ayudando, con un gran sentido de humanidad, a muchos de los jóvenes discípulos de Ortega que, creyendo en las ideas de éste, se habían lanzado a la renovación de España perdiendo en esta empresa todo cuanto es posible en una lucha en la que el hombre cada vez cuenta menos. Desde México, Alfonso Reyes acusaba a Europa de aldeana y provinciana. Provincianismo y aldeanismo europeos que provenían de su afán por hacer de sus limitados puntos de vista, puntos de vista universales, válidos para todos los pueblos conviniesen o no a su realidad. "Pueblos magistrales -dice Alfonso Reyes- que, por bastarse a sí propios, han vivido amurallados como la antigua China, y mil veces nos han dado ejemplo de la dificultad con que salen de sus murallas. Es entre nosotros un secreto profesional que el europeo medio se equivoca frecuentemente en las referencias a nuestra geografía, a nuestra historia, a nuestra lengua." Tratase de pueblos que han hecho de sus limitaciones fundamento de universalidad; pueblos que han hecho de sus ignorancias una

expresión de lo absoluto.

La actitud de una Europa ahora dispuesta a reconocer la humanidad de otros hombres y otros pueblos junto con su capacidad para participar en la solución de los problemas que aquejan a la humanidad en general, se expresa también en otras palabras, también olvidadas, de Ortega cuando decía: "Cada época, cada pueblo, será nuestro maestro en algo, será en un orden o en otro nuestro clásico.

Cesará el privilegio arbitrario que otorgamos a nuestro rincón del espacio y el tiempo, privilegio que convierte en absurda superficialidad la existencia de pueblos y edades bárbaros, salvajes, etc. La barbarie, el salvajismo adquirirán su punto de razón y de insustituible magisterio." De acuerdo con estas ideas todos los pueblos tienen siempre algo que decir, algo que aportar a la experiencia del resto del mundo; y la universalidad de este aporte se encontrara en la capacidad de estos pueblos para hacerse comprender y comprender a los otros. No comprender esto es lo que ha incapacitado a hombres y culturas para lo universal: se encierran en murallas infranqueables en donde se van angostando hasta que perecen en plena soledad. "Si ante un problema queremos, reaccionar a la europea -dice Ortega-, tenemos que desentendernos de la aspiración de lo absoluto y orientarnos, no en un ideal transhistórico de verdad, sino en la línea histórica de los gestos europeos."

Ahora bien, la conciencia que el europeo ha tomado de sus propios límites se presenta en México como conciencia de su capacidad para aportar algo en un mundo en el que todos los pueblos tienen algo que aportar o decir. La circunstancialidad de las aportaciones de todos los pueblos, inclusive la de los más poderosos, se transforma, en la conciencia mexicana, en serena seguridad respecto a su capacidad creadora e integra al hombre de México en un mundo de lo humano que no tiene por qué seguir siéndole regateado. "Somos una parte integrante y necesaria en la representación del hombre por el hombre -dice Alfonso Reyes-. Quien nos desconoce es un hombre a medias." Ahora somos nosotros, los mexicanos, los que enjuiciamos y condenamos a pueblos que otrora nos enjuiciaban y condenaban; y los enjuiciamos y condenamos porque no han sabido captar la plenitud de nuestra humanidad.

Sin embargo, esta actitud nuestra plantea, a su vez, uno de los más graves problemas junto con una de las más graves responsabilidades: nos encontramos obligados a mantenernos en el más difícil de los planos, en el de la comprensión de todo lo humano. Por esta razón todo nacionalismo ramplón, todo chauvinismo, tendrá que estar previamente condenado si es que no queremos caer en los mismos errores que ahora echamos en cara a otros pueblos. Por ello la búsqueda de lo propio en la cual se encuentran empeñados tantos mexicanos, no podrá ser otra cosa que una etapa más en la búsqueda del hombre, del hombre concreto, en este caso del hombre de esta circunstancia llamada México.

c. La nueva actitud filosófica en México

La nueva actitud del mexicano frente a su realidad se ha hecho patente, como se indicaba antes, en muchas de sus formas culturales. Esta actitud, que empezó por ser propia de los artistas, se ha convertido, en nuestros días, en actitud reflexiva de los filósofos frente a la misma realidad. Así como los artistas, a partir de la Revolución Mexicana, tomaron como fuente de inspiración la realidad por ella puesta ha descubierto, los filósofos toman ahora esta misma realidad como fuente de sus preocupaciones con el fin de resolver los problemas que la misma les plantea. Una Revolución que, como veremos más adelante, ha surgido sin teorías y sin doctrinas propiamente dichas, ofrece ahora los medios para la elaboración de estas teorías y estas doctrinas, cuyo éxito dependerá de la capacidad de sus pensadores para captar el sentido universal de sus expresiones, desde el punto de vista que hemos analizado, convirtiendo lo concreto circunstancial en concreto universal.

Por la misma razón, si algo ha de caracterizar a la filosofía mexicana de estos últimos años ha de ser la preocupación que tan patente se hace en los estudios de los filósofos mexicanos por lo que se ha venido llamando la Esencia del Ser del Mexicano que, en forma alguna, puede ser considerada como una abstracción o una invención arbitraria, sino como el más firme intento por captar lo que puede ser propio del mexicano para colocarlo dentro de su situación como hombre, sin más, con toda la responsabilidad que esta situación implica. Esta preocupación se ha venido haciendo patente, tanto en los que afirman la posibilidad de esta tarea como en los que la niegan. Esta actitud de la nueva filosofía mexicana ha sido, como es de suponerse, injustamente criticada por quienes ven en el tema propuesto una limitación a lo que consideran es un auténtico filosofar. Hablar del ser del mexicano parece, para estos críticos, una forma de limitación de lo universal. En filosofía, hasta ahora, dicen los mismos, sólo se ha preguntado por lo universal. Se pregunta, por ejemplo, por el hombre, por la esencia del ser del Hombre, sin más. Ahora bien, cabe que preguntemos nosotros. ¿Estamos en lo justo, los mexicanos, al proponernos un problema, tal como el de la esencia del ser del mexicano? ¿Nos encontramos en un terreno filosófico o lo hemos abandonado pasando a otro, a la psicología, a la antropología, a la sociología, etc.?

Aquí también la misma Europa, que ha venido tomando conciencia de sus límites, nos ofrece el instrumental teórico que justifica las pretensiones de los filósofos mexicanos. Éstos se han, apoyado en la nueva actitud de la filosofía europea que ha ampliado el temario de los problemas propiamente filosóficos. Como se sabe, la filosofía contemporánea ha venido a poner en crisis la idea tradicional del hombre tomada como sustancia o naturaleza inalterable. El hombre, a diferencia de lo que habla venido sosteniendo, la filosofía tradicional, no posee una naturaleza o esencia determinada. Su naturaleza, dice, es precisamente no tener naturaleza en el sentido tradicional; su esencia carecer de esencia. El hombre no es algo hecho, sino algo que va haciéndose. La generalidad que todo resuelve y a nada compromete ha sido eliminada de la filosofía con: temporánea. Se habla del hombre, pero del hombre en situación, del hombre en una circunstancia determinada. Es esta situación o circunstancia la que va dando al hombre su perfil concreto, su auténtica realidad: lo que hace que un hombre sea hombre y no una entidad abstracta.

Partiendo de aquí, la filosofía contemporánea también ha tomado conciencia de la relatividad de sus doctrinas y con ella de la necesidad de contar con puntos de vista que no están a su alcance. La idea que sobre el hombre ha tomado la filosofía contemporánea descansa ahora sobre experiencias concretas. Ya no se hace abstracción de lo concreto., Espacio y tiempo forman algo esencial al hombre y no son ya accidentes del mismo. El hombre es lo que lo forma, la realidad con la cual cuenta y dentro de la cual tiene que ir eligiendo los materiales que le dibujarán dándole concreción. Lo humano no es ya una simple afirmación dogmática, sino algo concreto que puede ser captado en sus múltiples expresiones. No es hombre esto o aquel determinando tipo concreto: lo humano debe captarse en todos y cada uno de esos tipos concretos de humanidad. La esencia de lo humano, si ha de captarse en forma legítima, deberá ser abstraída mediante un método de comprensión, el cual irá abarcando a todos y a cada uno de esos hombres concretos, hombres en situaciones determinadas, y, por lo mismo, reales.

Por esta razón la filosofía contemporánea se ha caracterizado, entre otras cosas, por su capacidad de comprensión. El filósofo contemporáneo sabe ya de la limitación de sus puntos de vista y, al reconocer esta limitación, va ofreciendo las bases para una auténtica ampliación de los mismos mediante una labor en la que la mutua comprensión va creciendo. Comprender los puntos de vista ajenos, se sostiene ahora, es ampliar los propios. Así el hombre, ese hombre cuya esencia se ha venido persiguiendo a través de sus múltiples expresiones históricas,

se va presentando en diversas actitudes y situaciones. En lo concreto, en lo que forma el mundo humano, se va captando, sin más, al único hombre posible, a ese hombre que vive y muere; pero que, en medio de este su vivir y morir, va dando diversas razones de su existencia, diversos sentidos a su quehacer. Por ello ha de ser en lo concreto donde tendrá que captarse la auténtica esencia del hombre: lo que éste es o ha sido en las diversas circunstancias en que va encontrándose. Y es aquí, también, donde se puede captar lo auténticamente universal, porque lo captado es y será válido para cualquier Otro hombre en circunstancias semejantes.

La filosofía contemporánea, al adoptar esta nueva actitud frente al mundo concreto del hombre, ha captado una auténtica forma de universalidad: ha hecho patentes modos de ser del hombre válidos para todo hombre, ya que todo hombre, si lo es tal, lo será en situación, dentro de una determinada circunstancia. La totalidad de los diversos puntos de vista sobre situaciones concretas del hombre tendrá que ofrecer, necesariamente, la anhelada aunque siempre cambiante esencia del hombre. Ese hombre que es cada uno de nosotros y cada uno de nuestros semejantes. Ese hombre que, al final de cuentas no podrá ser plenamente definido, pero cuya existencia será siempre un eslabón de la existencia de todos los hombres, incluyendo la nuestra esta es la actitud filosófica en la cual se apoyan los estudiosos de la filosofía en México para justificar la orientación de sus preocupaciones filosóficas.

d. Lo mexicano como categoría universal

Justificada por la nueva filosofía europea la actitud que respecto a la realidad mexicana han tomado los filósofos mexicanos, la preocupación por estos temas ha tomado el auge que a muchos ha parecido alarmante. Esta preocupación por el ser del mexicano y por su realidad, lejos de seguir siendo vista como una tarea de perfiles limitados está siendo considerada dentro de un marco de grandes posibilidades. En último término, esta tarea sólo aspira a delimitar al hombre de México dentro de la universalidad de que es parte. El mexicano es, por esta razón, visto, simple y puramente, como un hombre en una determinada situación. Esta situación es la que le determina y concretiza, la que le hace ser un hombre concreto y no una simple abstracción. Por ello, decir algo del mexicano es también decirlo del hombre. Lo mexicano no es aquí otra Cosa que una forma concreta de lo humano y, por lo mismo, válida para cualquier hombre que se encuentre o pueda encontrarse en situación semejante.

Hasta ahora había sido el europeo, el hombre situado en Europa el que había venido haciendo patentes formas concretas de lo humano, pero en su expresión europea; las cuales, por ser precisamente humanas, habían podido ser comprendidas por otros hombres, en Otras situaciones, viendo en ellas expresiones que también les eran propias. Pero la experiencia de lo humano no puede quedar agotada en las experiencias del hombre europeo. Existen otras experiencias y otros puntos de partida para llegar al hombre. Existen otras formas de captación de lo humano. Otros hombres, en circunstancias tan originales como pueden serlo las del hombre en México, pueden también aportar experiencias de lo humano no captadas aún por la filosofía que sobre el hombre ha hecho el europeo.

Es, partiendo de esta actitud, que en México, dadas sus especiales circunstancias históricas y culturales, se quiere ofrecer una aportación especial en la búsqueda de lo que se ha llamado la esencia del Hombre. Los mexicanos sabemos, como todos los pueblos de esta América, poseedores de una serie de experiencias humanas originales cuyo análisis podría ir formando los perfiles de un aspecto de lo humano que, posiblemente, no ha sido todavía captado por filosofía alguna. Aspecto o forma de lo humano que no sólo podrá ser válido para los mexicanos, sino para todo hombre que pudiera encontrarse en circunstancias semejantes a las nuestras. Por esta razón la tarea en que se han empeñado los estudiosos de la filosofía en México tiene que adquirir un carácter plenamente positivo, pudiendo llegar a ser una de las más valiosas aportaciones en el campo de lo que se considera como filosofía universal. No han hecho otra cosa todos los filósofos a través de todas sus filosofías. Lo importante y decisivo será que esta labor se realice con plena autenticidad y no por un simple afán imitativo o de inútil presunción. No se trata, en forma alguna, de ir a lo mexicano para quedarse en lo mexicano. Lo mexicano en sí no puede ser una meta legítima, sino un punto de partida, un medio, con vistas a una tarea más amplia y responsable. Lo mexicano no es una meta, sino un medio imprescindible para captar al hombre en uno de sus aspectos circunstanciales que no tiene por qué ser de menor importancia e interés que los que hasta ahora han sido captados. La conciencia que de su propio ser vaya tomando el mexicano no será otra cosa que una etapa más de la conciencia que el hombre en general ha venido tomando de su ser. Conciencia siempre concreta de una realidad determinada. Ayer conciencia del hombre europeo, ahora del americano, y en el futuro de todo hombre en cualquier circunstancia o situación.

2. Comunidad y Moral

a. La realidad hecha patente

La Revolución decía, al agitar violentamente la realidad mexicana, puso de manifiesto el mundo que por espacio de varios siglos se ha querido ocultar. México entero, con todas sus grandes y pequeñas contradicciones se manifestó con toda su fuerza obligando a sus hombres a enfrentársele directamente, sin evasivas, sin falsas justificaciones. Se trataba de un movimiento social mediante el cual se regresaba al punto de partida de nuestra historia como oportunidad única para deshacer cuatro siglos de errores e incomprensiones. La Revolución se enfrentaba, principalmente, a la situación creada por la Conquista y a la serie de justificaciones que a lo largo de nuestra historia se quiso dar a esta situación. Frank Tannenbaum, uno de los sociólogos norteamericanos que mejor conocen y comprenden el espíritu de esta Revolución, dice al respecto: "El país se hallaba frente a una revolución social. Pero no disponía de ningún filósofo, profeta o escritor capaz de inflamar al pueblo. La inquietud general respondía a algo menos definido, pero acaso más real. Los mexicanos tenían hambre de tierra." De esa tierra cuyo despojo habían venido sufriendo desde el día en que el conquistador español la tomó, junto con los hombres que la trabajaban, en encomienda. Esa tierra cuya reconquista fue el espíritu que guió a la "chusma" que siguió a Hidalgo y Morelos, la cual nada entendía de filosofías ni falsos humanismos. Tierra que fue escamoteada a la única fuerza capaz de todas las revoluciones, el pueblo, mediante hábiles subterfugios. Esa tierra que siguió detentando una minoría ya una vez realizados los movimientos aparentemente más libertarios como el de la Reforma, en esta ocasión, bajo el nombre de latifundios.



La Revolución Mexicana volvía a poner sobre el tapete de las reivindicaciones sociales el problema de la tierra .y, con él, los problemas que la misma tierra tendría que plantear como posesión. Tierra difícil, dura, pobre y, dentro de ella, un hombre luchando con inútil bravura por arrancarle el diario sustento; sustento inmediato, y cotidiano.

Tierra cuya difícil explotación hacía inútil toda previsión, todo anticipo, esto es, todo futuro; ese futuro sin cuya planificación es imposible una nación. Con esta realidad se harían patentes múltiples aristas

de nuestra realidad "Los mexicanos -vuelve a decir Tannenbaum-, por decirlo así, se descubrieron a sí mismos y volvieron sus ojos hacia su propio pueblo."

Este pueblo se habrá de expresar en forma tan difícil y complicada como la tierra en que se había establecido. Un pueblo formado por hombres hostiles entre sí, como hostil era la tierra de donde tenían que sacar el diario sustento. Una tierra siempre sedienta y un terreno lleno de dificultades y fuertes contrastes climáticos, había dado lugar a hombres aislados, casi sin sentimiento de comunidad; o a comunidades en las que los contrastes sociales, económicos, políticos y culturales se harían terriblemente patentes. La falta de comunicaciones habían hecho imposible un sentimiento de comunidad más amplio. Esta comunidad sólo podía despertarla ese sentimiento - de inconformidad que le movió a la revolución sin planes ni orientación general alguna. El hombre de estas tierras sólo tenía de su realidad una visión parcial, local, casi introspectiva. El mexicano se encontraba aislado del mundo exterior tanto en forma política como cultural. Por esta razón toda su historia se habla movido en torno a particularismos locales. Por ello, también, sus luchas habían girado en torno a un bienestar personal determinado, al bienestar de su grupo, al bienestar del cuerpo -como lo llamaría José María Luis Mora-; pero nunca, por el bienestar de la Nación; por el bienestar de una comunidad que estuviese más allá de los individuos, grupos locales o cuerpos.

Hombres pegados a la tierra que buscaban el sustento diario, difícilmente podían alzar la vista en busca de ideales colectivos más amplios y elevados. La idea de Nación, máxima abstracción de una comunidad, difícilmente podía ser el ideal de un hombre que apenas si podía contar con el día de mañana. Cada mexicano tenía que luchar, día a día, por lo inmediato y concreto. En esta lucha no podía preocuparse por un bienestar general, sino por su bienestar inmediato, concreto; un bienestar cotidiano, al día. Este bienestar tenía que ganarlo en furiosa lucha contra

la tierra más difícil, contra una tierra que ni si-quiera le pertenecía. Por esta razón sólo podía tener ojos para lo inmediato, para lo que en alguna forma implicase un Alivio, aunque fuese circunstancial, de su difícil situación. Situación cantada por Ramón López Velarde al decir en su poema *Suave Patria*: "vives al día de milagro como la lotería."

b. Sentido concreto de las relaciones políticas

Necesariamente las relaciones sociales del mexicano tenían que orientarse en formas diversas de las que eran comunes a otros pueblos. Por lo que se refiere a las relaciones políticas éstas se encontrarían orientadas en lo que podemos llamar sentido concreto. Las relaciones políticas del mexicano adquieren un sentido preferentemente concreto repudiando toda abstracción. Así como en la situación señalada la idea de Nación aparece como nula, igualmente, la idea de Estado, en su sentido clásico, carecerá de sentido. El mexicano tiene una idea, la de Gobierno; pero en el más ingenuo de los sentidos: como el de alguien, casi providencial, que posee el suficiente poder para prever y proveer por aquello que necesita muy concretamente. Este alguien no es, en forma alguna, una abstracción. Este alguien es tan concreto que puede siempre ser localizado dentro de una relación familiar o amigal. El mexicano no se siente ligado, desde el punto de vista del gobierno, con una abstracción, sino con el más concreto de los individuos o grupo de individuos. El interés Político del mexicano, por la misma razón, crecerá o decrecerá, según que se sepa o no ligado por' alguna coyuntura con el gobernante o gobernantes en turno. Ser pariente o ser amigo, o amigo de los amigos del gobernante en el momento, son siempre formas de mayor o menor interés político. La carencia de esta posible relación implica generalmente, carencia de interés político.



Por esta razón la unificación del país ha tenido que ser llevada por otros caminos que los puramente racionales o formales como se ha hecho con otros pueblos. Los mexicanos se han unido por el camino de lo afectivo. Donde los grandes idearios universales han carecido de sentido, han triunfado los idearios que hablan de la solución de males concretos, tal y como fueron los idearios e ideales de la Revolución Mexicana. Donde las leyes han fracasado, han triunfado los gobiernos como expresión de individuos concretos en los que se confía y a los cuales se puede guardar lealtad de amigos. Los mexicanos están dispuestos a morir, no por un ideario, sino por un caudillo amigo al que se ha prometido lealtad a cambio de que éste a su vez sea leal a las promesas de bienestar concreto que ha ofrecido a su secuaz o secuaces.

En donde mejor se hace patente este elemento de unificación nacional dentro del campo afectivo, es en la figura del Presidente de la República, máximo caudillo y máximo amigo de los mexicanos inste no es, como con otros pueblos una figura simbólica que obra en nombre e a Nación, sino la expresión máxima del único tipo de acción y relación concreta en una sociedad como la nuestra. El Presidente de la República es visto, y de hecho lo es, como el máximo hacedor y proveedor de todas las necesidades nacionales.

Entendiendo éstas como las necesidades de todos y cada uno de los mexicanos. Estas necesidades, por su concreción, pueden ser de toda clase, aun aquellas que podrían parecer más ajenas al interés del Estado. Se trata de las necesidades que puede tener el mexicano en sus aspectos más particulares y subjetivos. Se le supone al Presidente capacidad para resolver todas estas necesidades.

Se trata, no tanto de que el Presidente dote a la Nación de los bienes que son para ella necesarios en la solución de determinados problemas y para su mejoramiento y sostén; sino de dotar de determinados bienes a personas, grupos, o cuerpos, muy concretos. Personas, grupos o cuerpos que reciben estos bienes, no como ciudadanos o nacionales, sino como los puede recibir un familiar o un amigo en una relación afectiva. Es por esta razón que se da el caso de que lleguen al Presidente de la República toda clase de solicitudes incluyendo las más absurdas. El es, siempre, en última instancia, el que debe resolver todos los problemas, el que debe responder de todo lo que hace; a quien se alaba o se culpa por todos los bienes o males que puedan sobrevenir a todos y a cada uno de los miembros de la comunidad mexicana. El tiene que cargar con todas las preocupaciones y a él corresponden todas las soluciones.

Frank Tannenbaurn, entre muchos aciertos tiene aquel en que capta el sentido que para los mexicanos tiene el Presidente de la República cuando dice que éste, si ha de permanecer como Jefe nato de la República, como caudillo de todos los mexicanos, tiene que ser capaz de hacer cuanto se desee, pues de otra manera será incapaz de hacer las cosas que se proponga. Su fuerza para unificar al país dependerá de su fuerza o capacidad para hacer, realizar, todo y cuanto el mexicano quiere que se haga y realice. Todos los aspectos y resortes políticos de la Nación dependen de esta capacidad, que en último término es la capacidad de un individuo concreto para ser amigo, no sólo de un grupo o un cuerpo, sino de todos los mexicanos. Los resortes que mueven la política controlada por el Presidente tienen, como todas las relaciones sociales del mexicano, un carácter afectivo. Se está o no se está con el Presidente de la República en el sentido más personal y concreto. Y, éste acepta o no la ayuda de otros mexicanos y sirve o no a un grupo o a todos los mexicanos. Su fuerza depende de esta su capacidad para enraizar afectivamente con la mayoría de los mexicanos o, al menos, en los que representan las fuerzas más vivas del país.

También el Presidente de la República tiene que recurrir a esas relaciones concretas por lo afectivo para actuar con mayor éxito. "El gobierno es inestable a menos que el Presidente pueda estabilizarlo -dice Tannenbaum-, y todos sus esfuerzos se encaminan en el sentido de darle permanencia, rodeándolo de amigos en todos los casos, en todos los resortes, en todas las organizaciones, en todos los grupos importantes." Todos los individuos que no puedan ser controlados por esta fuerza personal, que escapen a esta relación afectiva, tendrán que ser vistos con cuidado, con precauciones, casi como enemigos. Nadie podrá alcanzar un puesto político de responsabilidad si falta ésta liga afectiva que es la única garantía de que la acción del Ejecutivo no va a ser entorpecida por, otros intereses.

La lealtad al más alto de los amigos es lo que hace posible la acción del Presidente de la República este debe esforzarse porque sus leales lo sean todos los nacionales. Los mexicanos no han sometido sus pasiones, como en otros pueblos, - a la ley; sino el gobierno, a lo que éste implica como relación afectiva. Y esta relación es necesaria en una sociedad en que sus individuos tienen que luchar día a día con una circunstancia difícil y hostil. Hombres que carecen de tiempo para pensar en un mañana, hombres que tienen que resolver sus problemas día por día, tienen que abandonar esta preocupación a un amigo o grupo de amigos que vayan enfrentándose a ese mañana que siempre llega. Amigos en cuya lealtad confían y a los cuales corresponde planificar y crear los medios para que un día el mexicano se liberte de lo cotidiano, se liberte de un presente permanente y haga historia.

c. Sentido de una moral de lo concreto

Todas esas formas de comunidad del mexicano que la Revolución había hecho patentes, habían permanecido ocultas a través de toda nuestra historia inutilizándonos para su enfrentamiento y orientación. Desde la Colonia se las había querido enmascarar dentro de falsas caretas para justificar determinados privilegios. Sin embargo, los mexicanos hablan actuado siempre dentro de este tipo de relaciones sociales frente a las cuales resultaban sobrando las ideas e ideales importados sin otro fin que cubrir tales relaciones. En vano habían luchado varios mexicanos, como José María Luis Mora y todos los demás grandes educadores liberales por cambiar esta relación mediante una reeducación del mexicano este había continuado actuando dentro del mismo tipo de relación afectiva. Los mismos liberales, aun no queriéndolo, se movían dentro de esta relación sin transformarla. El Porfirismo, fruto anquilosado del Liberalismo Mexicano, habla puesto de manifiesto la misma relación pese al lenguaje positivista que habla importado para justificarla. El Porfirismo no era otra cosa que expresión de los intereses de esos cuerpos contra los cuales había clamado años antes el liberalismo mexicano al referirse a los conservadores. La Nación estaba en manos de un grupo de amigos que consideraba al resto de los mexicanos como enemigos. El Dictador servía fielmente a estos amigos a cambio de su lealtad. Encubiertos por frases huecas de la época como la del progreso, el orden y la ciencia, se mantenían privilegios concretos. Por ello la Revolución de 1910 sería también un movimiento en el que se luchase por la ampliación de estos privilegios a una mayoría; por hacer del estrecho círculo de amigos que formaba el Gobierno, un círculo más amplio en que estuviesen todos los mexicanos y en que se tomasen en cuenta todos y cada uno de los problemas concretos de los mismos. En esta ocasión el mexicano abandonaría toda falsa justificación haciendo de los resortes de su convivencia social los resortes en torno a los cuales iba a crear otra comunidad en la que la justicia social fuese más amplia.

Las formas de convivencia social y política del mexicano serán, a su vez, expresión de formas de comportamiento moral, formas subjetivas de actuar frente a los otros que también se trató inútilmente de ocultar o

transformar. La serie de descalabros históricos, decepciones, engaños y abusos que había sufrido el hombre de México desde la Colonia, había hecho de éste un individuo desconfiado, resentido y tímido para cualquier clase de acción que trascendiese sus personales intereses. Toda acción estaba enfocada hacia lo cotidiano e inmediato y no a la solución más o menos permanente de un problema. Desconfiado por sus largas experiencias de esperanzas y confianzas fallidas, el mexicano venía actuando dentro de una doble moral: cínica o hipócrita. Imponiendo, sin consideración alguna sus puntos de vista o simulando que adopta los de otros. Simulando confianza en los demás, pero siempre a la expectativa. Su lealtad, para existir, deberá ser continuamente probada por una confianza múltiples veces prestada y múltiples veces defraudada.

La confianza, y con ella la lealtad de los unos para con los otros, podría sólo apoyarse en un continuo cumplimiento de lo ofrecido. La confianza, por esta razón, se presenta en el mexicano como algo limitado, provisional, al día. Tan al día como los frutos arrancados a la tierra y las esperanzas nunca permanentes. Confianza siempre dependiente de la realización de las promesas de los otros, de los que conviven en el inundo circunstancial que le ha tocado en suerte al hombre de México. El que cumple puede fácilmente transformarse en el mejor de los amigos o en el mejor de los caudillos que podrá ser, por lo mismo, el mejor de los gobernantes. El individuo capaz de comportarse así, capaz de ganar esta confianza, recibe como recompensa la mayor de las lealtades y, con ella, todo lo sacrificable en un hombre o grupo de hombres.

Por desgracia, esta confianza, por su dificultad, no era lo cotidiano en el mexicano, al menos en todas sus relaciones de convivencia. Frente a los otros sólo cabía una desconfianza, si no abierta al menos embozada. No se sabía si el otro sería digno o no de una confianza. Posiblemente fuese un hombre cumplido, "¡quién sabe!" Posiblemente fuese uno de los que engañan, ¡quién sabe!" Por ello era menester fingir, simular que se le tenía confianza, que se tomaban en cuenta las opiniones y consejos, que se creía en lo que decía, siempre a reserva de abandonarlo o convertirlo en nuestro enemigo si no hacía lo que sus palabras y actos nos hacían esperar de él. A reserva de llegar a esta situación se simulaba querer todo lo que el otro quería, se simulaba confianza, se simulaba lealtad: durando toda esta simulación el tiempo que durase la coincidencia de intereses; después, el llamado "chaquetazo", el cambio, el abandono y nueva adhesión al que nuevamente se presentaba como el individuo capaz de realizar lo que se ha venido anhelando en ardua y permanente espera.



Ahora bien, al faltar la confianza en el otro, la confianza en el prójimo, nadie podía sentirse responsable ante nadie. Cada uno de los individuos que componían nuestra sociedad trataba de alcanzar lo que mejor le conviniera; valido de sus propias fuerzas, apoyado en la simulación, el engaño o el cínico derecho a lo que quería y se podía. Nadie esperaba ni daba ayuda sino de mala fe. Toda acción adquiriría un carácter provisional faltando la fe y la seguridad. Toda acción tenía que cambiar con las circunstancias tenía que ser orientada de acuerdo con las diversas formas

que se presentasen. Actitud moral tan cambiante y circunstancial como la vida social y política. Por esta razón los gobernantes tuvieron que adoptar una psicología de acuerdo con este modo de comportarse propio del mexicano.

Se procura, así, dar a los actos del gobierno un carácter permanente mediante una lealtad, siempre renovada, a lo prometido. Lealtad que redundará en la lealtad de los ciudadanos. Se aspira a ser, en cada caso, el amigo que cumple sus promesas realizando todo lo realizable en beneficio de una mayoría que no se presenta en abstracto, sino en múltiples formas personales y concretas. Lealtad a las promesas en los más difíciles de los aspectos. Lealtad cotidiana, llena de contradicciones y, por lo mismo, de dificultades. Lealtad solicitada por múltiples intereses en la cual se tienen que valorar los mismos, eligiendo unos y sacrificando otros, de acuerdo con las circunstancias y la mayor o menor facilidad para realizarlas. Lealtad que a su vez obtiene la de unos grupos y el rechazo de otros. Lealtad plena en fingimientos y simulaciones. Pero lealtad, que al final de cuentas, logra el asentimiento de unos, los que alcanzan la realización de sus intereses; y la conformidad de los otros, los de los que esperan su oportunidad para alcanzar esta realización. Lo circunstancial y provisional va tejiendo, a regañadientes, una permanencia social, la

suficiente para hacer realidad ese mundo del mexicano en continua hechura, pero por lo mismo, pleno en posibilidades.

d. Conciencia moral

La Revolución al hacer patente esta realidad social, psicológica y moral de México y el mexicano, hizo también patente la necesidad de atenerse a la misma iniciando su transformación desde el fondo, y no por la periferia como hasta antes se había intentado. Los hombres de la Revolución, en contacto directo con las cosas, fueron los primeros en tomar conciencia de esta realidad adaptando su acción a la misma. Se dieron cuenta de que si la Revolución quería ser un auténtico gobierno de esta realidad tendría que adaptarse a sus cambiantes situaciones. Sus leyes, para tener vigencia, sus normas, para tener éxito, tendrían que ser acomodadas a las múltiples y diversas situaciones que la realidad mexicana presentase. Esta realidad no podría ser captada y, por ende, no podría ser orientada en lo general; era menester apresarla parte por parte, trozo por trozo en una permanente tarea. Tarea que por ser permanente era difícil y agotadora. Intentar otra cosa sería abrir aún más el abismo que aislaba a un mexicano de otro.

A esta actitud de permanente acecho, de permanente espera a la defensiva, es lo que Frank Tannenbaum ha llamado "psicología de batalla". Dentro de esta psicología no sería posible hacer otra cosa que atender a los aspectos más inmediatos y urgentes de los problemas que la realidad iba planteando. A una psicología de batalla tenía que corresponder una moral de batalla. Moral circunstancial, de acuerdo con la multitud de circunstancias que se presentasen. Moral local, no válida en todos los ámbitos de la realidad mexicana. Moral cínica, de hombres prácticos, tal y como lo fueron los hombres que hicieron la Revolución mexicana. Moral en la cual los escrúpulos tendrán que salir sobrando puesto que se carecía de un mundo de valores organizados y capaces de trascender en ámbito de la solución de los problemas inmediatos. Una moral cuyos valores fuesen capaces de alcanzar una vigencia general, dependía, en todo caso, del enfrentamiento y solución de una serie de problemas de carácter tan inmediato como esos que habían servido de motores a la Revolución: la falta de los medios más urgentes de sustento, pan, tierra y oportunidades de acción.

Hasta ahora la Revolución se ha enfrentado a estos problemas inmediatos del mexicano y les ha dado la solución más adecuada a sus posibilidades. Sin planes concretos, balbuceando, ensayando diversas formas de solución, se ha venido enfrentando a los problemas que México había reclamado desde los inicios de su historia. Pero ahora se entra ya en otra etapa de nuestra historia. Una etapa en que ya se va tomando conciencia de una realidad que antes era simplemente dada. Etapa en la que ya se puede pensar en la posibilidad de una moral que no sea ya de circunstancias, en una unificación que no sea simplemente circunstancial. Ya se había de Moral y de Espíritu Nacional. Abstracciones, ambas, que sólo pueden ser fruto de un sentimiento social más evolucionado.

México, hasta ahora, por una serie de circunstancias históricas y sociales se ha venido manteniendo en el plano que podríamos llamar práctico. En ese plano que Hegel llamaría natural, el plano de la pura acción, sin conciencia de la misma. Plano de la acción pura y, por lo mismo, inmediata, concreta y circunstancial, sin orientación, o plan por realizar. Evolución ciega, sin más orientación que la de la satisfacción de las necesidades más inmediatas. Esta etapa, parece que está terminando o ha terminado. Parece que entramos en una etapa racional, de conciencia de lo que hemos hecho y de lo que podemos hacer. Etapa de conciencia de nuestra realidad. En esta etapa no son ya válidas acciones balbuceantes, ni morales de carácter provisional. El conocimiento que vamos adquiriendo sobre nuestra historia y su sentido, sobre nuestra realidad y los múltiples problemas que plantea, es el mejor signo de que estamos ya en los umbrales de esa etapa de autoconciencia. Etapa apta para la captación y racionalización de una moral que tan necesaria ha de sernos para sortear los múltiples peligros que nos amenazan como pueblo dentro de una comunidad de pueblos en conflicto. Moral que podrá ayudarnos a sortear los difíciles problemas a los cuales tendremos que enfrentarnos en el futuro. Problemas cuya solución no puede seguir siendo abandonada a las fuerzas irracionales que hasta ahora han guiado nuestra historia.

En esta nueva etapa, si hemos de estar a la altura de las circunstancias, tendremos que hacernos conscientes de los resortes que han movido esas fuerzas hasta ayer irracionales para mejor orientarlas. En esta forma no volveremos a caer en una utopía más de las que hemos practicado a lo largo de nuestra historia; no olvidaremos esas fuerzas que hasta ayer han actuado ciegamente. La toma de conciencia de nuestra realidad tendrá, necesariamente, que llevarnos a un reajuste de nuestros proyectos. Reajuste que, en ninguna forma, tiene por qué tener un carácter

de signo negativo. Para alcanzar ese sentido de responsabilidad, que tan necesario es en una moral que pretenda orientar a la Nación, tendremos que adoptar proyectos de los cuales podamos ser plenamente responsables por estar a nuestro alcance y posibilidades. Hacer otra cosa será caer en el utopismo que caracterizó a nuestros mayores, utopismo por medio del cual se negaba toda responsabilidad. Con el reajuste de estos proyectos y su realización concreta, iremos asegurando la posibilidad de otros, cada vez más amplios, en la medida en que irán surgiendo de una circunstancia cada vez más amplia por sus realizaciones.

3. Conciencia de lo Negativo y de lo Positivo

a. La realidad mexicana y su conciencia



La toma de conciencia de la realidad mexicana tiene una historia, la cual podría iniciarse en la misma etapa del descubrimiento y conquista de México, en el encuentro de dos culturas distintas en pugna mortal. Encuentro que hizo consciente su diversidad y, con ella, la fisura que había de acompañar al mexicano el resto de su historia. Conciencia de México y lo mexicano la ha habido a través de nuestra historia: lo mismo en los siglos XVI y XVII que en el siglo XVIII y el XIX. Pero esta conciencia siempre estuvo 'velada, envuelta, por una serie de ideas y prejuicios ajenos que estorbaron la pristinidad de la misma. Se captaba la realidad mexicana, sí; pero en función con ideas y aspiraciones que no tenían su origen en la misma. El mexicano criollo del siglo XVII buscaba en un indigenismo sin indígenas la justificación de

sus pretensiones de predominio social; pero no la asimilación de esa realidad que sólo en función de estas pretensiones se le hacía patente. Los ilustradores mexicanos del siglo XVIII enfocaban sus investigaciones a la realidad mexicana, a su flora, fauna, clima, sociedad e historia antigua; pero sólo para hacer patentes las calidades y cualidades de la realidad mexicana y, con ellas, su derecho a ser considerada, en el plano político, como igual o semejante a cualquier nación europea; no se destacaba lo original, sino lo que podía presentar a la realidad mexicana como igual a su dominadora, pues con ello se pretendía obtener una igualdad de derechos. Los mexicanos del siglo XIX buscaban en la realidad mexicana lo que les semejase con las nuevas culturas o civilizaciones en boga, repudiando tanto el pasado español como el indígena. La realidad mexicana sólo se hacía patente en función con las aspiraciones de los mexicanos por semejar a la Metrópoli Española, a la Francia ilustrada o a los países sajones líderes del progreso.

Fue la Revolución Mexicana, con sus poderosas y explosivas convulsiones, que hizo patente esta realidad obligando a sus hombres enfrentarse a ella haciéndola consciente. Los primeros en tomar conciencia de esta realidad, ya lo hemos dicho, fueron los políticos y los artistas. Los políticos, sin enmascararla, tomándola en su más cínica expresión, la orientaron y fueron amoldándola hasta alcanzar la estabilidad que ahora se hace patente; los pintores la expresaron intuitivamente y la hicieron consciente con sus defectos, calidades y esperanzas. Los novelistas también la captaron describiéndola en las múltiples formas por las cuales se expresaba. Pero una conciencia propiamente dicha no se inicia sino en la época en que la Revolución empieza a alcanzar su estabilidad triunfando sobre todos los obstáculos; etapa en que se va transformando la Revolución en un régimen de orden. Esta es la etapa conocida con el nombre de Callismo. Con este régimen se hacen patentes todos los defectos y calidades del mexicano. En esta etapa de la Revolución se ha logrado la unificación del país, se transforma el caos en orden y se inicia la solución práctica de muchos de los problemas que aquejaban al hombre de México. Pero todo esto se ha logrado mediante un juego de fuerzas casi irracionales en el que se han hecho patentes modos de ser del carácter del mexicano. Sin ocultamientos, en la forma más patente, se expresan estos resortes propios de situaciones circunstanciales. La moral que rige este juego es esa moral circunstancial que hemos analizado. El orden y la estabilidad se logran por una violencia sin justificaciones, los mayores cinismos y las actitudes más hipócritas. Una política práctica, sin razones justificativas, se eleva a política nacional. La ambición personal y la falta de escrúpulos,

propios del carácter del mestizo que ha tomado la dirección de las fuerzas nacionales desde mediados del siglo XIX, sirven de instrumento de unidad donde han fracasado todas las ideas ideales importados.

Frente a esta realidad, tan brutalmente patente, empezarán a reaccionar los intelectuales mexicanos. Reacción con la cual se inicia, propiamente, esta etapa de toma de conciencia en la cual nos encontramos aún. José Vasconcelos a quien la Revolución ha dado la oportunidad para realizar una de las obras de educación nacional más importante en nuestro país, se enfrenta a esta situación tratando de alcanzar la dirección de la Nación. Pero no cuenta con la realidad, su esfuerzo no es sino uno más de los utopismos en que se ha venido inútilmente debatiendo México. La realidad mexicana, con la cual no habían querido contar nuestros intelectuales, hace fracasar la nueva utopía dando el triunfo a lo que desde el punto de vista intelectual parece ser lo negativo. El fracaso de Vasconcelos parece inhibir la participación de los intelectuales en la política del país abandonando ésta a las fuerzas naturales que la conducen. Pero este mismo fracaso y lo que parece ser una incomprensión para las fuerzas intelectuales de México, da origen a los primeros enfrentamientos racionales de esta realidad. Los mexicanos 'van tomando conciencia racional de la realidad del país.

Antonio Caso desde sus cátedras y desde las columnas de los periódicos hace la crítica de la situación que presenta la Nación y, se opone abiertamente a muchos de los pasos que se dan por considerarlos inadecuados e irracionales. Haciendo la crítica a la actitud socializante del Callismo con fines demagógicos dice: "El socialismo, teóricamente, como reivindicación de bienes humanos conculcados a los desposeídos por los poderosos es, más que una idea plausible, una verdad ineludible." Pero este es un planteamiento que será inadecuado para el país si, previamente, no se resuelven otros problemas cuya solución se ha venido abandonando a través de nuestra historia en permanentes aplazamientos. "Su aplicación a nuestro medio histórico y orgánico -sigue diciendo Caso- tropezará, no obstante, con tantos obstáculos o más, como halló la democracia en el siglo XIX. ¡Todavía no resolvemos el problema que nos legó España con la Conquista; aún no resolvemos tampoco la cuestión de la democracia, y ya está sobre el tapete de 1a discusión histórica el socialismo en su forma más aguda y apremiante!... Así será siempre nuestra vida nacional, nuestra actividad propia y genuina. Consistirá en una serie de tesis diversas, imperfectamente realizadas en parte y, a pesar de ello, urgentes todas para la conciencia colectiva; todas enérgicas y dinámicas. Porque estas diversas teorías sociales, no nacieron de las entrañas de la patria; sino que proceden de la evolución de la conciencia europea y han irradiado de ahí hasta nosotros." A los intelectuales mexicanos corresponde hacer este deslinde, a ellos corresponde mostrar cuáles son los problemas que México debe resolver y qué tipo de soluciones debe ofrecer. A ellos corresponde hacer consciente esa serie de estratos dentro de los cuales es movida toda nuestra historia. Esa es su responsabilidad.

"¡Idealistas de México que os empeñáis en la salvación de la República -dice el maestro Caso-, volved los ojos al suelo de México, a los recursos de México, a los hombres de México, a nuestras costumbres y nuestras tradiciones, a nuestras esperanzas y nuestros anhelos, a lo que somos en verdad! Sólo así nos conduciréis a un estado mejor y nos redimiréis de nuestro infortunio. Para salvarse precisa ante todo saber... Sin aspirar a algo mejor se retrocede sin remedio; pero sin saber con precisión a dónde se va, se fracasa, sin duda."

b. Conciencia crítica de la realidad mexicana

Al volver conscientemente los ojos sobre su realidad, el mexicano se tropieza con un mundo en el que se hacen patentes todos sus defectos. Un mundo negativo, ajeno al espíritu. Un mundo arrastrado por la violencia, la concupiscencia y todas las inmoralidades imaginables.

Un mundo ante el cual el hombre del espíritu, el intelectual, no contaba en forma alguna. El Vasconcelismo había sido un esfuerzo supremo por cambiar esta situación, pero su fracaso había puesto a los intelectuales al margen de toda posible intervención pública. No había otra intervención que aquella en que previamente se subordinaba el espíritu a los bajos intereses de quienes hacían la política. Este espectáculo se hacía, aún más patente, en aquellos intelectuales que habiendo estado en Europa regresaban al país comparando situaciones. En esta comparación se reducía, aún más, la realidad mexicana haciendo que el intelectual apartase avergonzado sus ojos de ella para encerrarse en un "academismo" en donde no penetrase ese mundo.

Pero no fue la única actitud. En esta época se inicia también otro tipo de enfrentamiento con la realidad; enfrentamiento que tenía como meta transformarlo. Para la transformación se utilizarían diversos medios, los medios

al alcance del intelectual: la filosofía, el teatro y la literatura, entre otros. En el orden consecutivo de su aparición estaría Samuel Ramos, Rodolfo Usigli y Agustín Yáñez; siendo el primero el que dará los primeros pasos y adelantará las primeras teorías que luego serán asimiladas y transformadas por los otros de acuerdo con sus personales orientaciones y preocupaciones.

Frente a la negativa realidad que se hace patente a los ojos de los mexicanos surgirá la pregunta: ¿Qué es el mexicano? ¿Quién es este hombre que en tal forma se presenta? Se enjuicia al hombre de México llamándosele a cuentas para que responda de la situación que ha originado. Se le enjuicia desde el punto de vista de un conjunto de valoraciones; desde el punto de vista neutro que se le supone a la intelectualidad como expresión del espíritu. En esta interrogación no quedan inmersos los que interrogan sino en lo que les puede tocar como hombres concretos de una determinada situación sociológica e histórica; pero no como intelectuales. Su preocupación será poner a flote la raíz de los males del mexicano para extirparla. Armados de unas ideas se enfrentan a la realidad y la conminan a que responda a ellas. Una vez más va a ser Europa la que ofrezca a México el arsenal de ideas con las cuales se va a tratar de transformarlo. Adler, Freud y Scheler como teóricos centrales ofrecerán el nuevo instrumento para descubrir los males de México y ponerles remedio.



A la pregunta: ¿Qué es el mexicano?, se van a dar diversas respuestas que concordarán entre sí de acuerdo con las fuentes que servirán de apoyo teórico a la misma. Es una pregunta que no va a la raíz misma de lo preguntado porque va acompañada de unos determinados supuestos. Se pregunta por el hombre de México; pero en la pregunta se lleva ya una cierta idea del hombre; una idea que no ha dado la realidad misma a la cual se dirige la pregunta. Se parte ya, como supuesto de una cierta idea que sobre el hombre han ofrecido Adler, Freud y Scheler. Es una pregunta cuya respuesta va ya implícita en el preguntar. Los mismos ideales de quienes preguntan velan la legítima respuesta. La imagen de un mundo que se ha vivido o simplemente imaginado, vela la realidad presentándola en sus aspectos puramente negativos. Se parte de un conjunto de valores establecidos frente a los cuales ese mundo aún ingenuo y brutal carece de otro sentido que no sea el de su incapacidad para el espíritu. Los mismos

complejos y resentimientos que explicaban al hombre europeo ciertas formas de su capacidad o incapacidad para determinadas formas de la cultura, explicarán ahora la incapacidad del mexicano para alcanzar formas de cultura que se consideran como ideales. Así surge el mexicano acomplejado frente a la Cultura Europea que no puede hacer plenamente suya por su situación colonial dentro de la misma; así también el mexicano enmascarando sus impulsos, actuando hipócritamente, porque no sabe cómo dar salida a los mismos al faltarle instrumentos de cultura como los que representa el teatro en el mundo occidental; también surge el mexicano resentido por la situación económica, igualmente colonial, que le ha tocado en suerte.

Ahora bien, lo importante será el hacer patentes estos diversos complejos y resentimientos buscándoles una salida que permita al hombre de México enfrentarse serenamente a su realidad transformándola. A estos males se podrá poner remedio mediante la introspección psicoanalítica, la catarsis del espectáculo teatral o la conciencia de la fuente de los resentimientos. Esto es, si se conoce al hombre, si el mexicano logra conocerse a sí mismo, se adelantará la mitad del camino. La conciencia de la realidad mexicana dará al hombre de México la conciencia de sus posibilidades y, con ella, la conciencia de todo su posible hacer. Sólo que en estas primeras interrogaciones sobre el hombre de México, este posible quehacer se encuentra todavía determinado por un ideal presupuesto, un ideal inspirado en la Cultura Europea, en la valoración positiva que sobre la misma se sigue ejerciendo. Ideal que todavía no ha sido puesto en crisis, frente al cual la realidad mexicana que ha sacado a flote la Revolución aparece con signos puramente negativos. Esos signos que tan rudamente se expresaron en la etapa que ha sido denominada con el nombre de Callismo.

En efecto, la obra de Samuel Ramos, *El Perfil del Hombre y la Cultura en México*, aparece en 1934; ha sido escrita en plena etapa Callista. En sus líneas, en la descripción que se hace del mexicano se captan rasgos propios de esta época, especialmente en el capítulo llamado "Psicoanálisis del Mexicano" con sus insuperables descripciones sobre "El pelado". "El mexicano de la ciudad" y "El burgués mexicano". En esta obra se describe, también, ese nacionalismo casi rabioso a que dio origen el cerco que impusieron a México naciones que se negaban a comprender la Revolución Mexicana y la condenaban, especialmente, por el conflicto religioso que en la misma se había suscitado.

Nacionalismo que es visto como otro esfuerzo más que fracasa porque parte de un desconocimiento de la realidad mexicana. Tanto el Europeísmo como el Nacionalismo han fracasado o tendrán que fracasar porque son formas extremas de una realidad que se encuentra entre ambas. "Es rasgo característico de la psicología mexicana -dice Ramos- inventar destinos artificiales para cada una de las formas de la vida nacional. Es cierto que nuestro europeísmo ha tenido mucho de artificial, pero no es menos falso el plan de crear un mexicanismo puro. Nunca torna en cuenta el mexicano la realidad de su vida, es decir, las limitaciones que la historia, la raza, las condiciones biológicas imponen a su porvenir. El mexicano planea su vida como si fuera libre de elegir cualquiera de las posibilidades que a su mente se presentan como más interesantes o valiosas. No sabe que el horizonte de las posibilidades vitales es sumamente estrecho para cada pueblo o cada hombre. La herencia histórica, la estructura mental étnica, las peculiaridades del ambiente, prefijan la línea del desarrollo vital con una rigidez que la voluntad de los individuos no, puede alterar. A esta fatalidad la llamamos destino. El mexicano es un hombre que durante años se ha empeñado, en contrariar su destino." "Ahora se propone crear una cultura, una vida mexicana; utopía mayor que la otra, porque esto supone que se puede sacar algo de la nada, a menos que se pretenda reinventar de nuevo todo el proceso de la cultura, comenzando por la edad neolítica." Los últimos alardes de nacionalismo nos hacen temer que el mexicano sea ya en su intimidad psicológica un ser mistificado, que a su naturaleza real, que desconoce, ha superpuesto una imagen falsa de sí mismo. La virtud que más urgentemente hay que aconsejar al mexicano, actual, es la sinceridad para que arranque el disfraz con que se oculta a sí mismo su ser auténtico."

A la caza de este ser auténtico sale Ramos y lo va describiendo en todos sus falsos modales y actitudes, con esa su incapacidad para reconocer el espíritu. Incapacidad que se inicia con la incompreensión de lo que significa la alta Cultura. La Revolución, extremando su preocupación por lo popular va abandonando la Cultura Superior. Todas las tendencias educativas coincidían -dice Ramos- en su descontento "por los principios educativos tradicionales; y también en apreciar el valor de la enseñanza con el criterio de la utilidad y la cantidad". "Aparece entonces la idea nacionalista, el interés por la enseñanza secundaria y técnica, cierto desdén por los estudios universitarios, primero, y después la idea de ponerlos al servicio del pueblo." Todas estas ideas tenían un fondo auténtico, eran evidentes ante una realidad que sin necesitar de teorías consideraba este tipo de educación como necesario. Lo que ya no pareció tan evidente, agrega Ramos, fue el valor que pudiera tener la Cultura Superior. "Hasta antes de 1920, este valor era en México indiscutible, pero después de esta fecha se torna problemática. Desde entonces ha decaído el interés por los estudios superiores, que ya no son vistos por los mismos universitarios con la misma consideración que antes. Se ha perdido también, aunque no por completo, el respeto y la envidia a los intelectuales. En suma, se ha presentado en México, esta vez espontáneamente y sin asomo de imitación, el fenómeno universal definido con la exacta frase de Curtius como un abandono de la cultura."



En otro lugar, reaccionando contra una realidad que parece negar los valores del espíritu se refiere Ramos al entusiasmo que, a pesar de todo, han mostrado los intelectuales mexicanos por la obra cultural. "Se puede recorrer - dice -la obra de los filósofos, de los literatos, de los poetas, que escribían en medio del drama nacional sin encontrar una palabra de desaliento, una sombra de pesimismo radical o de negación absoluta." Y esta obra surge a pesar de la realidad; por encima de la realidad mexicana misma. "La alta calidad de esta obra intelectual proviene de haberse desarrollado libremente, desprendida de la realidad de México, y sus autores no dejan de tener, por ello, cierta magnitud heroica. La crítica vulgar ha negado a esta obra una significación nacional, porque no encuentra en ella alusiones a la historia contemporánea de México. Pero entonces cada intelectual, al buscar en torno suyo, encontraba que la realidad ambiente era la muerte, y al defender su fe, su porción de cultura, defendía un fermento de vida. No estaba entonces fuera de su mundo, porque salvarse a sí mismo era contribuir algo a la salvación del país." Y si habla en otro lenguaje del que parece tener el país, "No es por desprecio a su país, ni incompreensión de sus problemas..., es que cuando el espíritu quiere expresarse tiene que hacerlo en un lenguaje propio que no ha creado todavía el suelo mexicano, y que sólo puede dárselo la cultura europea". Se trata de una lucha del espíritu contra la materia; de la lucha contra un mundo que parece negarse, con toda su fuerza, a plegarse a un mundo de ideas que

necesariamente han tenido que ser tomadas de la Cultura Europea, porque éstas no se han dado aún en la posible Cultura Mexicana. Lucha de un alma contra un cuerpo. Y, lo que es más grave, de un alma sin cuerpo, porque no se concilia el uno con el Otro. Dice Ramos: "Un grupo selecto de mexicanos impulsados por la necesidad de una cultura superior, no encontrándola fuera en el mundo en que vivían. La realizaron dentro de sí mismos. Ellos fueron el alma de México. Pero un alma. Sin cuerpo." Un alma sin México, podríamos nosotros agregar que ésta era el cuerpo que le faltaba. Para adquirir cuerpo, para hacer que esa alma o espíritu pudiese ser alma o espíritu de México, era menester volver los ojos a la realidad mexicana, enfrentarse a ella para que, mediante una mutua readaptación de ideales y realidad, se formase una auténtica Cultura Mexicana que escapase tanto al europeísmo como al nacionalismo. "Nuestra vida espiritual -dice Ramos- debe huir igualmente de la cultura universal sin raíces en México, como también de un 'mexicanismo' pintoresco y sin universalidad." En el segundo peligro se estaba cayendo con la actitud asumida por la Revolución. La idea de dar a México y su cultura su sello peculiar, era buena, pero no partía "de donde lógicamente debía partir: del conocimiento del hombre mexicano "La falta de una noción clara sobre el ser mexicano ha originado dos partidos que disputan con pasión acerca de las normas que deben adoptarse para la cultura de México: el de los nacionalistas y el de los europeos." No se debe caer, ni en lo uno ni en lo otro. La solución está en una adaptación de la Cultura Universal a la realidad mexicana. "El pecado original del europeísmo mexicano es la falta de una norma para seleccionar la semilla de la cultura ultramarina que pudiera germinar en nuestras almas y dar frutos aplicables a nuestras necesidades peculiares." Esta norma, dice Ramos, debería darla la misma realidad. Para ello será menester potenciar nuestra realidad, arrancar al mexicano ese sentimiento de inferioridad que le hace desvalorarla. "Para cumplir ese destino, es necesario -dice el maestro mexicano- primero, librar a los mexicanos de los complejos inconscientes que hasta hoy han cobijado el desarrollo de su ser verdadero."

Estos complejos podrán ser eliminados mediante una tarea psicoanalítica, que debe ser realizada sobre el hombre de México; tarea semejante a la realizada con maestría por el mismo Samuel Ramos. Sacando a flote el inconsciente mexicano se podrán destruir sus perniciosos efectos y orientar a este hombre por el camino de su autenticidad, por el camino que le corresponde como individuo formado por dos culturas que no tienen por qué entrar en conflictos, y, sí, deben ser asimiladas. Complejos que tienen su origen en una falsa estimación de valores por lo que se refiere a lo propio o a lo ajeno. "Aquí sólo diremos dice Ramos -que es fácil destruir tales complejos nocivos, procedentes de una injusta autoestimación de valores realizada a través de criterios europeos. Si el mexicano tiene una idea deprimente de su valía, es porque se ha fijado en valores de comparación que, como es natural, cambian de magnitud, de acuerdo con el punto de referencia que se adopte. La unidad de medida no debe buscarse en hombres de otros países y otro grado de cultura. Cada hombre puede prolongar idealmente las líneas de desarrollo de sus cualidades potenciales hasta el límite máximo de su perfección y obtener, así, una prefiguración ideal de lo que es capaz de ser." "Cuando tales complejos deprimentes se desvanezcan, desaparecerá automáticamente el falso carácter que, como un disfraz, se superpone al ser auténtico de cada mexicano para compensar los sentimientos de desvalorización que lo atormentan. Comenzará entonces una segunda independencia, tal vez más trascendente que la primera, porque dejará al espíritu en libertad para la conquista de su destino."

Rodolfo Usigli se presenta también como una reacción intelectual contra la realidad a que ha dado origen la Revolución Mexicana con esa etapa de su aglutinamiento y organización material que fue el Callismo. Todas sus primeras obras dramáticas, especialmente las llamadas "Apolíticas" y "El Gesticulador", son la dramatización de esta situación, la cual es analizada con gran precisión en sus apéndices a la segunda de las obras citadas: "La hipocresía del mexicano", "Doce notas" y "Un ensayo sobre la actualidad de la poesía dramática". El primero de los apéndices pertenece a 1938, el segundo a 1943 y el tercero a 1947. En estas notas o apéndices se va haciendo patente un modo de ser del mexicano deducido de la realidad que circunda al autor y que se expresa, también, como el de la incomprensión del espíritu, incomprensión de la cultura e incomprensión para el intelectual. Aquí también se dibujan y hacen patentes las líneas negativas del hombre de México, la causa de su incapacidad para alcanzar su autenticidad. En la historia, en la acción, en todas las formas del ser del mexicano encuentra Usigli la hipocresía, la máscara con que se cubre para ocultar su verdad haciendo de la mentira su verdad. "La verdad de México -dice- es una larga obra de las mentiras mexicanas." La verdad se va forjando en la mentira. Las verdades mexicanas son mentiras que, a fuerza de serlo cotidianamente, terminan por ser su verdad. Por esta razón, para hacer la verdad auténtica d. México, es preciso vivir auténticamente la mentira. Actuarla, representarla con toda la fuerza y el ánimo; cuando se haya asimilado, esta mentira será una verdad, formará parte del ser del hombre de México.

Desde este punto de vista, Rodolfo Usigli considera a la Revolución Mexicana, especialmente en esa etapa que se expresa en el Callismo, como algo que tiene que ser vivido para que México alcance su verdad. "De la revolución podría decirse -dice Usigli que, si no hubiera existido nunca, sería necesario inventarla, por su valor de tránsito Pero en principio es lo mismo que toda idea política: una aspiración hacia la verdad. Por lo tanto, una mentira individual que pretende volverse colectiva para hacerse verdadera. Una voluntad de crear algo que no existe." La Revolución quiere algo que no existe, algo para lo cual no está aún maduro México; pero algo que, a fuerza de ser mentira cotidiana, puede convertirse en verdad. La Revolución está formada por múltiples mentiras individuales, por lo que cada caudillo, o casi cada mexicano, quiere que sea verdad, y es el conjunto y el afán de realización el que dará algún día ese conjunto de verdades que ahora no son sino disfraces que ocultan una realidad mexicana que se trata de disimular.



La demagogia es la expresión de estas mentiras revolucionarias. "Cada partido revolucionario tiene sus demagogos o cantores. La demagogia -dice Usigli- no es otra cosa que la hipocresía mexicana sistematizada en la política." A fuerza de demagogia se anticipa la solución de problemas que no existen, pero que terminarán por presentarse. La demagogia es la exageración de la mentira y, por lo mismo, el más peligroso enemigo de su posible verdad. Ella ha privado a la Revolución -sigue diciendo Usigli- de su categoría de tránsito fecundo, mutilando su evolución. "Si al principio de la revolución encontramos la mentira colectiva de la esperanza de mejorar, más adelante sólo hallamos en ella la misma demagogia al servicio de los más contradictorios gobiernos." Ella es la que ha convertido a

Calles en "hombre fuerte" y en "Jefe Máximo". Hay dos mentiras: la de la esperanza y la de la demagogia. La primera hará verdad los ideales de la mayoría, la segunda los de un grupo que la utiliza. Por ello dice Usigli: "De la esperanza, tesis de la Revolución, y de la demagogia, su antítesis, sale, para seguir la todavía válida definición hegeliana, una síntesis: la esperanza de que la demagogia tenga fin un día."

Dentro de esta demagogia ha caído la alta Cultura, el mexicano busca apariencias de cultura. Una apariencia es la Universidad, que no llega a expresar una auténtica cultura."Los esfuerzos de la Universidad -dice Usigli- por generalizarse han sido estériles hasta ahora; hay un abismo entre la colectividad y las aulas, y aunque la Universidad en ninguna parte es una mentira generalizada, aquí lo parece, en su etapa individual apenas." Ella se ha cubierto con mil máscaras sin llegar a ser ninguna. "En esta casa de los mil ecos, la revolución-eco y la demagogia-eco acabaron por aniquilar toda esperanza en el estudio.

Dos o quizá tres generaciones de estudiantes han visto su juventud revolearse en la charca política, y un gran número de catedráticos han perdido la fe en lo que pretendían enseñar," Todo está en bancarrota: "El alumno no cree en sus maestros, a quienes ha visto venderse, acobardarse, dejarse dominar por las huelgas locas y aferrarse en sus miserables empleos a pesar de que llegaban al punto de no enseñar ya, de no respirar ya en su función de maestros."

No queda en este mundo sino la simulación, el gesto oportuno, el teatro. De aquí que concluya Usigli diciendo: "No sé por qué no puede comprender entonces que una escuela de teatro resultaba verdaderamente superflua en un lugar donde el teatro se vivía, donde todos eran políticos, es decir, actores consumados que actuaban cotidianamente en una farsa interminable." El mexicano para salvarse de la mentira adopta el gesto que corresponde a la mentira y participa en ella como el mejor de los actores. Gesticula, hace de la mentira su verdad, se transforma en lo que no es, como el mejor de los actores. Por esta razón, dice, Usigli, no hay buenos actores en México, porque ésta es una labor que se realiza fuera de las tablas cotidianamente.

El teatro, un teatro nacional, es la corona de la unidad racial, primero; de la unidad política de un país, después. Y nosotros estamos aún lejos de las dos", dirá Usigli en 1943. Más tarde, en 1947, se da cuenta de que este teatro puede ya ser una realidad. Un teatro mexicano que sirva a los mexicanos para descargar ese su afán de gesticular. Un teatro en el que el mexicano desahogue sus mentiras y con ellas, la posibilidad de toda demagogia. El teatro le servirá al mexicano de catarsis. Por esto hay que llevar a la escena la política. La política que ha detenido la

marcha de la Revolución. Cuando el mexicano aprenda a gesticular en las tablas dejara de gesticular en la vida diaria, en el mundo de lo cotidiano.

El teatro se transformará en una conciencia purificante, hará de la Revolución la verdad que aspira a ser podándola de la demagogia que la ha frenado. Esta poda nos pondrá a la altura de la mayoría de edad con que los otros pueblos nos designan ya. "Ahora, de pronto -dice Usigli-, nos encontramos investidos con una mayoría de edad internacional que parece un teatro desconcertante y prematura." A semejanza del hombre, los países maduran por el dolor, y en este aspecto considero a México uno de los más maduros." "Como lo prueban la intensidad y la permanencia de la Revolución, México habría alcanzado hace ya mucho una mayoría de edad espiritual, si no moral, que lo ha preservado hasta ahora de todas las catástrofes." México necesita, de cualquier manera, resguardar y rescatar su espíritu, estar en guardia defendido por los hombres más puros y mejores, instituciones limpias y costumbres sanas, una ética y una conciencia nacionales que se fundan en la verdad. Es necesaria para México "esta depuración cíe sus esencias y la preservación de un sentido revolucionario ya tan característico nuestro que nadie disocia las palabras Revolución y México. Y para salvar a la revolución como intención, como elemento de tránsito y de metamorfosis, hay que limpiarla y que podarla". Este es el espíritu que Usigli da a su obra teatral.



Agustín Yáñez, desde la novela, realiza también esta introspección sobre el hombre de México. Pero también se ha enfrentado a este problema desde un punto de vista teórico, concretamente en un libro aún inédito, del cual dio a conocer parte en una serie de conferencias sobre las "Formas del Resentimiento en la Educación Mexicana. Resentimiento que se expresa, por una serie de razones económicas, políticas y sociales en grupos tan importantes para la vida mexicana como lo son los sacerdotes, los maestros normalistas y los gendarmes o políticos. Esta tesis de Yáñez parece que también afloró como reacción contra la misma situación política contra la cual habían reaccionado Ramos y Usigli. Frente a la Revolución en su etapa de aglutinación inconsciente, puramente fáctica, con todos los defectos que necesariamente se harían patentes. "Por su composición social y por su realidad histórica -dice Yáñez México ha sido propicio campo para el desarrollo del resentimiento." Aquí se ha instaurado la desigualdad en el campo económico y en el campo político, que ha dado lugar a sentimientos aplazados de impotencia que, a su vez, han originado valoraciones, actitudes y hábitos falsos, todos ellos teñidos de rencor. Dentro de los mismos grupos indígenas surgen los resentimientos que hacen posible su conquista por la utilización que de los mismos harán los conquistadores españoles. Resentimientos originados en la desigualdad de riquezas y privilegios que separan a unas clases de otras dentro de Un mismo grupo étnico. Los sacrificios humanos, la superstición y todas las formas de aniquilamiento de la voluntad común dan lugar a estos resentimientos entre los indígenas aprovechados por los conquistadores.

La Conquista y las desigualdades que marcó, aumentaron este cuadro e resentimientos en la vida mexicana. Un régimen de dureza y de impotencia por parte de los conquistadores hará crecer los resentimientos. Otras formas del resentimiento se harán patentes con la Independencia. "Los afectados en sus privilegios, tanto como los insurgentes insatisfechos y los simples ciudadanos desilusionados dan la nota enérgica del envenenamiento psíquico que padecen." Este resentimiento irá creciendo con cada revolución, con cada cambio de los cuadros políticos, que también lo será de los privilegios. Todo se tiñe de este resentimiento. Bernal Díaz escribe su Historia resentido de que se achaque a Cortés todo el mérito de la Conquista; Ruiz de Alarcón, resentido ante el español por su situación de indiano, se expresa en su teatro.

Lo mismo sucede en Sor Juana, Sigüenza y Góngora y Otros maestros mexicanos de la Colonia. "La depresión por la injusticia y los abusos -dice Yáñez- por la estrechez económica, por la desigualdad social, por la inestabilidad y el capricho en los juicios públicos de valor, por la suplantación en todos los órdenes de la vida nacional, hasta construir convicciones erróneas inveteradas, halla reflejo persistente en el realismo y en el romanticismo de las letras patrias del siglo XIX."

Sin embargo, agrega Yáñez, no se puede decir que sea el resentimiento algo que determine toda la vida mexicana. "Ni siquiera que sea ésta la nota predominante de aquélla. Bien diversa es, por fortuna, la realidad salvada

por la dinámica ejecutiva, trágica, de la historia nacional, que a los lapsos más o menos inmediatos ofrece ocasiones de descarga emocional, aunque luego se produzcan motivos nuevos de reacción enconada." Acaso una dialéctica, agregaría yo, en el que alternan los resentimientos según cambia la situación política de grupos o individuos. Lo importante para Yáñez es descubrir la raíz de las valoraciones, tomar conciencia de las mismas, para qué éstas puedan ir ajustándose a una valoración que sea auténtica. Es menester descubrir las causas de toda reversión axiológica para purificarla. Con palabras del mismo autor: "El amago constante al ethos nacional en su misma raíz impone la urgencia de descubrir a los agentes de la reversión axiológica tanto más peligrosa cuanto consiguen pasar como portadores de genuinos valores y operan en demarcaciones de importancia capital; desde luego, en la zona de la educación, donde los estragos del resentimiento alcanzan proporciones incalculables, pues de allí con facilidad invaden el organismo social."

Tanto en Ramos, como Usigli y Yáñez, establece, como se ha visto, una valorización determinada siempre, acaso menos en Usigli, por los cuadros axiológicos europeos, aunque éstos sean adaptados a la llamada realidad mexicana. Esta realidad es vista en función con un ideal o conjunto de ideales que se consideran universales y sirven de patrón para enjuiciarla. No se atreven a ir más hondo estando, como se encuentran, a la defensiva frente a una realidad que parece marchar por otros caminos que los que ellos quisieran siguiese. Intuyen una realidad "auténtica", propia, pero sólo pueden ver de ella su aspecto negativo, ya que la misma se les presenta como un obstáculo en la realización de lo que quisieran fuese un México mejor. Para captar esta realidad en sus aspectos positivos necesitaban realizar una inversión de valores: ver en esas negociaciones la posibilidad de lo positivo. Pero estaban demasiado cerca, demasiado metidos en una realidad de la cual eran actores para poder invertirla. Antes era menester que, de acuerdo con esa misma realidad, la Revolución Mexicana impusiese el orden y estableciese sus caminos: mostrase lo positivo dentro de lo negativo. Este era un problema de tiempo, un problema de situaciones. Sólo entonces podríamos ver nuestra realidad sin las máscaras que se había impuesto. Entonces veríamos esas formas auténticas del hombre de México con sus fórmulas valorativas. Fórmulas que los europeos ya habían captado al observarnos, al darse cuenta de que nuestras valoraciones no tenían ya nada que ver con las valoraciones de origen. En donde el europeo había pedido ver una inversión de sus valores, los mexicanos sólo podíamos ver nuestra incapacidad para realizarlos. Pero con esta conciencia se iniciaba el camino de nuestra "autognosis"; el más legítimo conocimiento de nuestro ser.

c. Conciencia constructiva de la realidad mexicana

En el año de 1936, un mexicano, Alfonso Reyes, hablando en nombre de la América Latina, se dirigía a las figuras más altas de la intelectualidad europea haciéndoles un llamado para que rompiesen la muralla de la falsa universalidad y reconociesen en nosotros a pueblos capaces de participar en la solución de los problemas de la Humanidad, ya que poseen un sentido más amplio de lo universal debido a sus circunstancias: "Hace tiempo que entre España y nosotros existe un sentimiento de nivelación y de igualdad -decía-. Y ahora digo ante el tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocednos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros."

Es un llamado a ser tomado en cuenta; llamado que surge de un sentido de responsabilidad, el de los pueblos que ya saben de su capacidad para colaborar en la solución de los problemas del mundo, de la humanidad; que, por serlo, lo son también propios.

El año de 1936 es el mismo año en que se inicia en Europa la Segunda Gran Guerra con la más bárbara de las agresiones sobre un pueblo pacifista que no aspiraba sino a seguir su camino por los senderos de la libertad y democracia: España. Agresión consentida y asentida por pueblos que se habían venido presentando como los paladines de todas las democracias y libertades, como - los guardianes de los más altos valores de la Cultura Occidental. La agresión a España será el primer paso, el principio de todas las agresiones a pueblos y valores altamente proclamados. Todos los valores se invierten quedando como los más altos los que expresaban el engaño, la insidia, la violencia y fuerza sin tapujos. No valen acuerdos, tratados, ni ninguna de las formas que habían hecho posible la convivencia internacional -Ningún pueblo de la tierra puede ya sentirse- seguro ante agresiones que, sin causa alguna, pueden desatarse. Las mayores angustias y zozobras invaden a los pueblos y con ellos a sus hombres. La Segunda Gran Guerra se caracterizará por la violencia organizada, por las formas sutiles y bárbaras de que se sirve

para acabar con el hombre, sin importarle en nada su situación individual: sus ideas, sus sueños y anhelos. El hombre se convierte en instrumento de matanza y en la matanza misma. Se destruye al hombre en su cuerpo y en su alma. Dentro de este mundo, todo es ya posible; no se cuenta ya con seguridad alguna. Ya no hay valores fijos a los cuales apelar.

Frente a este mundo los pueblos de nuestra América, y México entre ellos, se dan cuenta de que no son tan atrasados, ni tan faltos de valores, como se había venido suponiendo. México se da cuenta del alto espíritu humano de que está provisto a pesar de todos sus errores y fracasos. Ya no puede ser visto como un país símbolo del atraso o la barbarie, porque ha luchado en la Revolución por alcanzar un bienestar general. Este atraso y barbarie se hacen ahora patentes, elevados al más alto grado, en los cultos pueblos que hasta ayer se lo reprochaban. En Europa la nueva guerra ha dado origen a nuevas valoraciones, a nuevas filosofías. Se empieza a comprender a otros pueblos. El historicismo es reforzado por el existencialismo en su crítica a la pretensión de una Europa como donadora de toda posible humanidad. Ahora el europeo no es sino un hombre entre hombres; un hombre cuya cultura ha sido puesta en suspenso. Por primera vez se da cuenta de su radical soledad. Una soledad originada en su fatuo afán de sentirse como el hombre sin más. La soledad del que ha cerrado sus ojos al mundo que le rodea para extasiarse ante sí mismo como un nuevo Narciso. Una soledad que sólo puede ser rota reconociendo la humanidad de otros hombres, de otros pueblos, convirtiéndose en contemporáneos de todos los hombres.



En Europa, en la castigada Capital de la Cultura Occidental. Francia, un poeta mexicano, Octavio Paz, convive las angustias, zozobras y soledades del hombre que ha podido sobrevivir después de sufrir toda clase de vejaciones, todas las formas de deshumanización inimaginadas. Conviviendo con este castigado hombre, Octavio Paz se ufana por captar el modo de ser de otros pueblos y de otros hombres que también han sufrido zozobras, angustias y soledades; el modo de ser de hombres en permanente crisis; el modo de ser del hombre que es él mismo, el modo de ser del mexicano. En la soledad que sufre el europeo capta también la soledad del hombre de México; pero con ella aprehende también la forma de romper esta soledad: la comunidad del hombre con el hombre. "La pregunta que se hacen todos los hombres hoy -dice Paz- no es diversa a la que se hacen todos los mexicanos. Todo nuestro malestar, la violencia contradictoria de nuestras reacciones, los estallidos de nuestra intimidad y las bruscas explosiones de nuestra historia que fueron primero ruptura y negación de las formas petrificadas que nos oprimían, tienden a resolverse en búsqueda y tentativa por crear una sociedad en donde no imperen ya la mentira, la mala fe, el disimulo, la avidez sin escrúpulos, la violencia y la simulación. Una sociedad, también, que no haga del hombre un instrumento y una dehesa de la Ciudad. Una sociedad humana."

Toda nuestra historia no ha sido sino un afán por encontrarnos como hombres al lado de todos los hombres. Una historia de frustraciones, pero también de esperanzas. Una historia que al final se ha encontrado, o está a punto de encontrarse, con la única forma de romper sus soledades y angustias: la comunidad de todos los hombres. "El mexicano -dice Octavio Paz- se esconde bajo máscaras, que luego arroja un día de fiesta o de duelo, del mismo modo que la nación ha desgarrado todas las formas que la asfixiaban. Pero no hemos encontrado aún ésa que reconcilie nuestra libertad con el orden, la palabra con el acto y ambos con una evidencia que ya no será sobrenatural, sino humana: la de nuestros semejantes. En esa búsqueda hemos retrocedido una y otra vez, para luego avanzar con más decisión hacia adelante. Y ahora, de pronto, hemos llegado al límite: en unos cuantos años hemos agote o todas las formas históricas que poseía Europa." Por primera vez nos encontramos en la misma situación que el hombre europeo. Ambos estamos en circunstancias semejantes, en situación de crisis. Situación para la cual no existen ya soluciones preparadas. Situación en la que tanto los unos como los otros, los hombres de todos los hemisferios, tendrán que aportar sus propias soluciones. "No nos queda sino la desnudez o la mentira", dice Paz. "Pues tras este derrumbe general de la Razón y la Fe, de Dios y la Utopía, no se levantan ya nuevos o viejos sistemas intelectuales, capaces de albergar nuestra angustia y tranquilizar nuestro desconcierto; frente a nosotros no hay nada. Estamos al fin solos. Como todos los hombres. Como ellos vivimos el mundo de la violencia, de la simulación y del ninguneo: el de la soledad cerrada, que si nos defiende nos oprime y que al ocultarnos nos desfigura y mutua. Si nos arrancamos esas máscaras, si nos abrimos, si, en fin, nos afrontamos, empezamos a vivir y pensar de verdad. Nos aguardan una

desnudez y un desamparo. Allí, en la soledad abierta, nos espera también la trascendencia: las manos de otros solitarios. Somos, por primera vez en nuestra historia, contemporáneos de todos los hombres."

En México, esta misma crisis de la Cultura Europea y sus filosofías dotan a los nuevos estudiosos de la filosofía de un instrumental de comprensión para mejor apresar lo humano del hombre que se encuentra inserto en la circunstancia mexicana. Dentro de este instrumental se encuentra el existencialismo, especialmente en su expresión francesa.

Uno de los miembros de esta nueva generación, Emilio Uranga, decía en 1948: "Al abordar el estudio del existencialismo no lo hemos hecho para ser dóciles a la moda. Nos ha guiado otro motivo. Un afán más bien o un proyecto: el proyecto de utilizar en un futuro, que quisiéramos fuera inmediato, sus utilajes o repertorios conceptuales para dar una descripción del hombre mexicano. En definitiva, lo que decide el valor del existencialismo es su capacidad de dar base a una descripción sistemática de la existencia humana, pero no de una existencia humana en abstracto, sino de una existencia humana, situada, en situación, de una existencia humana encuadrada en un habitat geográfico determinado, en un cuadro social y cultural también determinado y con un legado histórico preciso." Pero una determinación que en ninguna forma implique una renuncia a la universalidad de la filosofía, ni de lo humano. Por esto concluye diciendo Uranga: "Sólo cuando podamos ofrecer esa descripción estaremos justificados. Sólo entonces podremos decir que hemos asumido el sentido universalizante de esta filosofía realizándolo concretamente en un ejemplo, concreto también, de existencia humana." "...por ese, sesgo, el mexicano se ha aproximado a lo universal y está en sus vísperas de estilo ecuménico. México dará un giro peculiar que lo eleve a lo universal apropiándose sin escrúpulos lo europeo, como quien siente en ese espíritu algo connatural y superable a la vez..."

Dentro de esta preocupación por ligar lo concreto con lo universal, por elevar a universalidad nuestra realidad, se funda este mismo año el Grupo Filosófico Hiperión. En el mito griego de Hiperión -hijo de la Tierra y el Cielo, íd Concreto y lo Universal- se simbolizarán las preocupaciones de grupo. "Anima al Grupo Hiperión- dice otro de sus miembros, Luis Villoro- un proyecto consciente de autoconocimiento que nos proporciona las bases para una posterior transformación propia." En este Grupo el existencialismo es sólo un instrumental para captar la realidad del hombre de México, pero no una doctrina a la que se conceda una determinada fe. Instrumental que se encuentra al lado de Otros instrumentos tomados de la filosofía europea moderna y contemporánea. Instrumental que en ninguna forma es acompañado de unas determinadas valoraciones sobre nuestra realidad. Al no ser tomado el existencialismo como una doctrina, carecerá éste, por la misma razón, de una tabla de valores conforme a las cuales pueda ser enjuiciada la realidad mexicana como en otros tiempos lo fueron por otras doctrinas o teorías filosóficas y psicológicas. El investigador mexicano queda abandonado a sus propias valoraciones, las cuales, si han de alcanzar vigencia, tendrán que ser abstraídas de la misma realidad a que se enfrenta.

Armado de este instrumental, la nueva generación filosófica se ha enfrentado a su realidad para ir abstrayendo, sin prejuicios, formas de ser del hombre mexicano, las cuales puestas en relación con las de los hombres de otras circunstancias, pueden o no cobrar determinada positividad, de acuerdo con las situaciones en que sean enfocadas. La principal preocupación de este grupo ha sido la de mostrar al hombre de México el conjunto de sus posibilidades, las mismas de todos los hombres. Posibilidades que- dependen de la responsabilidad de sus elecciones; elecciones siempre de acuerdo con sus circunstancias. Responsabilidad que hace nulas todas las formas de evasión de la misma, tales como los diversos complejos y formas de resentimiento. Posibilidades semejantes a las de otros pueblos que siempre tienen que contar con sus circunstancias. Posibilidades que le hacen un hombre entre hombres.

En este sentido los miembros del grupo han mostrado, como Luis Villoro, la única forma de solución del problema indígena: el de su reconocimiento como hombre; sin formas ocultas de discriminación, como lo puede ser el paternal enfrentarse al "problema indígena"; no hay indígenas, sino mexicanos y como mexicanos hombres en determinadas situaciones políticas, económicas y sociales; situaciones que deben ser transformadas. Ricardo Guerra se ha preocupado, a su vez, por mostrar las raíces de muchos de los proyectos del hombre de México que se apoyan en lo imaginario. Jorge Portilla ha investigado las originales relaciones entre el individuo y la sociedad del mexicano. Salvador Reyes Nevares estudia las formas peculiares que adopta el mexicano en su comportamiento con los otros. Fausto Vega las formas de manifestación del mexicano que se hacen patentes en su literatura. Emilio Uranga ha

iniciado lo que llama una "Ontología del Mexicano" Ontología que más que atender a una descripción de lo que es o ha sido, atiende a lo que tiene que ser, a un proyecto.

Uranga, al adoptar la idea de insuficiencia del mexicano, en vez de inferioridad, adopta un nuevo tipo de valoración del hombre de México peculiar a su realidad. Samuel Ramos reconoce esto al decir de Uranga: "en el deslinde que hace entre los conceptos de inferioridad e insuficiencia, encuentra muy acertadamente que esta última implica una escala inmanente de valoración, que insuficiencia es al mismo tiempo el reconocimiento de una jerarquía de valores, en tanto que la idea de inferioridad es determinada por la adopción de una escala extraña de valores y conduce a una tergiversación de éstos." "Su ensayo es una elocuente prédica para que todos los mexicanos se curen del sentimiento de inferioridad haciéndolos ver que se trata solamente de una insuficiencia." En realidad, se trata, no tanto de adaptar determinados valores a la realidad propia de México, sino de abstraer de esta realidad los valores que le sean peculiares. Es menester realizar una inversión de valores que permita al hombre de México actuar y realizar su propio destino de acuerdo con sus circunstancias. Destino que es también el de todos los hombres. Nuestras posibilidades dependerán, en todo caso de nuestra capacidad para adaptar nuestros proyectos a nuestra situación, para que, a partir de la misma, vayamos transformándola, que, con su transformación colaboramos también en la solución de los problemas que se plantean al hombre sin más.

4. Mexicano como Posibilidad

a. Al filo de todas las posibilidades

Hablar de las posibilidades del mexicano, innecesario decirlo, es hablar de las posibilidades del hombre sin más; de las posibilidades de todos los hombres; de las posibilidades de cualquier hombre. posibilidades que siempre se dan dentro de un mundo concreto de estímulos y obstáculos; posibilidades determinadas por el mundo físico, histórico, social, económico y político; por ese mundo dentro del cual se encuentra incierto el hombre, cualquier hombre. Se trata de posibilidades que pueden ser mayores o menores en la medida en que se vayan transformando las circunstancias dadas. Posibilidades que ahora, en nuestros días, se van transformando en universales dentro de la innegable interrelación de todos los pueblos del mundo; interrelación a la cual no escapa ya pueblo alguno, por muy apartado que se encuentre.



Por esta razón, al hablar de las posibilidades del hombre, si hemos de ser realistas y no abstractos, tendremos que referirnos a un hombre concreto, a un tipo de hombre dado en unas determinadas circunstancias. En nuestro caso nos referiremos a las posibilidades del hombre que nos es más cercano; a las posibilidades del hombre a cuya circunstancia pertenecemos, a las del hombre que es cada uno de nosotros en forma muy concreta, a las del hombre de México, a las del mexicano. Ejemplo éste de posibilidades humanas que no tiene por qué ser inferior a la de cualquier otro tipo de humanidad y sí, casi con seguridad, un ejemplo de humanidad cuyas complejas expresiones pueden ser luminosas para el esclarecimiento de las no menos complejas actitudes de otros pueblos, de otros hombres.

El mexicano es un hombre inserto en una situación a la cual me voy a permitir llamar situación límite. Situación límite porque está dentro de esa línea que separa formas contradictorias de lo humano línea en la que todo puede ser posible. Agudo y difícil filo en el cual es imposible un largo equilibrio y sí la permanente caída hacia un lado o hacia el otro. Línea que separa lo que llamamos culto de lo bárbaro. Línea en uno de cuyos extremos se puede presentar lo humano como lo anquilosado a fuerza de organización y prevención de todas las actitudes; y, en el otro, como la libertad de movimientos y acciones sin sujeción racional alguna como fuerza natural sin trabas. Extremos que se pueden presentar en la forma de anquilosadas civilizaciones o de pueblos en los albores de la humanidad. Entre estos extremos y la línea que hace la separación caben múltiples formas de la existencia y convivencia humanas.

Los pueblos en los cuales tenemos una de nuestras raíces culturales, los grandes pueblos que forman la llamada Cultura Occidental, se encuentran insertos más acá de esa línea. Se encuentran dentro de un mundo en el

que se han previsto todas las posibles actitudes del hombre, organizándolas y orientándolas; mundo en el que las convenciones van prefijando la mayoría de todos sus quehaceres. Pero hay también otros pueblos que, por el contrario, se encuentran más allá de esa línea, más allá de todas las convenciones casi aceptadas universalmente, más allá de un mundo cultural hecho. Otra de nuestras raíces se encuentra en este mundo. Pero nosotros, dadas nuestras raíces culturales y las circunstancias históricas y sociales que nos ha tocado en suerte, nos encontramos en esa línea intermedia que separa lo convencional de la libertad irracional. Nos encontramos al filo de todas las posibilidades; al filo de las más contradictorias situaciones; al filo de posibilidades de signo negativo o positivo, según sea el lente convencional con que se les vea.

Con extraordinaria elasticidad podemos pasar de un mundo al otro. Ser al mismo tiempo cultos y bárbaros. En nuestro pueblo se encuentran todos los extremos sin que prevalezca ninguno de ellos. Podemos, por un lado, comprender los más altos valores universales y, por el otro, ser estrechamente provincianos. Dentro de la línea en que nos encontramos se confunde aún lo mágico con lo científico, lo imaginario con lo real, el tabú con el obstáculo natural, la comunidad con la sociedad, la ley con la voluntad, lo mítico con lo religioso, la muerte con la vida. A todos los fenómenos, lo mismo a los naturales que a los culturales; los dotamos de las más contradictorias explicaciones. Nos atrevemos a explicar racionalmente estos fenómenos, pero en el fondo surge siempre la solución arbitraria, ajena a la explicación.

En esta línea, o filo de todas las posibilidades, juega el azar el mejor de sus papeles. Aquí nada puede ser previsto, aunque se formule todo lo posible. Lo inesperado es lo común en la vida del mexicano. Lo imprevisto forma parte de todas sus actitudes. Y, con la imprevisión, la mayor de las zozobras y todas las formas de la inseguridad e irresponsabilidad. Dentro de esta línea las relaciones sociales dependen más de la actitud concreta de las personas que de una determinada legalidad. Aquí no vale el "deber ser" que caracteriza a todas las éticas; todo depende de un "querer ser", esto o lo otro sin causa, sin motivo, porque sí. Lo único que pueden contar son los hechos: lo realizado puede ser índice de lo que está por realizarse; pero sólo índice, jamás seguridad. En esta línea en que todas las alternativas son posibles, el hombre de México no se compromete sino parcialmente, no enajena su acción sino en algo concreto, bueno o malo; nunca toda su acción en circunstancias que no puede prever.

Nos movemos, eso sí, dentro de un mundo formal de valores o valorizaciones que nada tiene que envidiar a lo más alta de las culturas; pero un mundo cuya vigencia depende de un querer o no actuar que acuerdo con sus formas, nunca de un deber actuar conforme a ellas. Nuestra historia está tachonada de estas formas, siempre importadas, cuya incapacidad para orientar o prever nuestra acción se ha hecho siempre patente. No hay legalidad o moralidad concreta alguna que pueda establecer los límites de nuestra acción, y con ellos la seguridad frente a los otros. Más que la ley cuenta siempre el acuerdo personal, la relación sentimental o de afecto entre personas. Aquí sólo cabe la confianza; pero, desgraciadamente, no una confianza permanente, que podría poner fin a esta zozobra e inseguridad, sino una confianza que debe ser renovada cada día, cada hora, cada minuto. Confianza que cualquier cosa, aun lo más superfluo, puede poner en crisis. Confianza que se mueve dentro de un enredo de susceptibilidades nunca previsible.

En esta línea en que nos movemos, los fuertes lazos que hacen posible las comunidades están prácticamente rotos sin que hayamos acertado aún a establecer los de la sociedad. Nuestras múltiples peripecias históricas y el tipo de circunstancias que nos ha tocado han ido rompiendo los primeros lazos sin que estas mismas circunstancias nos hayan ofrecido la coyuntura para establecer los segundos. Insertos en una realidad que nos exige día por día una solución inmediata sólo hemos podido establecer lazos circunstanciales que, no por ser concretos dejan, de ser endeble. Aún no hemos podido salir plenamente de lo circunstancial e inmediato a un mundo de mayores seguridades, a un mundo que puede ser previsible por nuestra voluntad de construirlo, por la seguridad de nuestros proyectos.

El mexicano se mueve dentro de un mundo de oportunidades, ya lo hemos dicho, de todas las oportunidades. Frente a estas oportunidades debe permanecer en continuo y cansado acecho para que no se les escapen, porque con ellas se escapará ese mínimo de seguridad que le ha permitido permanecer. Oportunidades cazadas que no son siempre las mejores oportunidades, sino las más oportunas, las más inmediatas por necesarias. Pero a fuerza de ser oportuno, a fuerza de descansar en lo inmediato y circunstancial, el mexicano cae fácilmente en eso que llamamos "oportunismo". El "oportunista" es el que no enraíza en ninguna actitud, el que no permanece, el que siempre se presenta como el "inseguro" por excelencia. Es del "oportunismo" que siempre se cuida el mexicano en desconfianza y

permanente actitud, cayendo, a su vez, en el "oportunismo". Las relaciones, lejos de ser firmes, se convierten en relaciones de oportunidad, en esas relaciones que ya hemos atrás analizado.

Toda la existencia del mexicano queda inserta en este difícil mundo de lo "oportuno". Su vida se convierte en vida de acuerdo con la última oportunidad, de acuerdo con lo ocasional. De allí ese su confundir la vida con la muerte, lo que debería ser permanente con lo transitorio. La muerte se le presenta como la última "oportunidad", como si ella fuese la más alta y segura de las oportunidades para realizarse y permanecer dentro de lo circunstancial. Por ello adopta fácilmente ese gesto teatral que parece ser desprecio de la 'muerte, el "machismo" con todas sus negativas consecuencias. Gesto teatral que se expresa como un "morirse por una mujer", "morirse por un amigo", "morirse porque sí", y no morir por una idea o un ideal; no morir por la realización de un futuro, porque con él no cuenta.

Sin embargo, en este afán de oportunidades, en este afán del oportunista" se vislumbra ya un esfuerzo inconsciente por captar lo que pueda ser permanente dentro de la vida del hombre. El mexicano se empeña, aunque vanamente, por asegurar todas las oportunidades; se esfuerza por ser al mismo tiempo esto o lo otro, aquello o lo de 'más allá. Quisiera quedarse con todas las oportunidades, no tiene que renunciar a ninguna de ellas, conciliar todos los afectos y con ello todas las seguridades. En esta actitud adivina una totalidad que puede ser la solución de todas las inseguridades. Totalidad de oportunidades que el mexicano no acierta aún a unir, a fundir o ligar. Su "oportunismo", en sentido negativo, se hace patente por esta su incapacidad para juntar o asimilar lo contradictorio. Hombre de mil caras, tantas como la movible circunstancia le impone, sabe intuitivamente que éstas no son sino máscaras detrás de la cual está un hombre que, al igual que todos los hombres, aspira a permanecer en sus obras rompiendo los límites que le han impuesto las circunstancias. Informe aún, adivina ese inundo de posibilidades que le corresponden por esa misma informidad. Situado en la delgada línea, en el filo de todas las posibilidades, el hombre de México tiene ahora que tomar conciencia de su situación, conjugar ese mundo aparentemente contradictorio, racionalizar sus modos de ser, asimilar sus contradicciones dándoles la forma que corresponde a su unidad.

b. La zozobra e inseguridad como permanencia creadora

La actitud esteticista, la de la pura descripción y explicitación de las formas o modos de ser del hombre de México no puede ser, de ninguna manera, un fin en sí misma dentro de la preocupación que ahora nos embarga. El narcisismo, el puro verse reflejado en la charca especulativa, sería, como es de su- ponerse, la más negativa de todas las actitudes que hasta ahora hemos venido adoptando, en el transcurso de nuestra historia. Sería un simple pasar de la contemplación de ideas o ideologías importadas a las nuestras; a la descripción de nuestro ser tal y como se nos ha



dado, pero sería pura y simplemente eso, pura contemplación. Y más aún, dadas las descripciones que hacemos de los aspectos negativos de nuestro existir no seríamos otra cosa que inveterados masoquistas. Pero la misma historia, esa historia en la cual el hombre busca siempre la justificación de sus proyectos, nos ¡nuestra que esta actitud no ha existido jamás. Dentro de una realidad como la nuestra; una realidad siempre urgida, el puro contemplar, el puro

descubrir, el puro admirar o repetir deportivamente una lección aprendida, no tiene cabida. Aparentemente, en un pasado inmediato,, parecía que repetíamos la lección que Europa nos daba; ahora sabemos que nunca repetimos esta lección, que siempre hicimos nuestras lecciones, aunque envueltas en fórmulas prestadas: Todas las ideas, todas las ideologías, todas las filosofías importadas fueron siempre puestas al servicio de una realidad que urgía nuestras soluciones. Realidad que no podía esperar la elaboración de formas propias para su apreciamiento. A esta realidad tuvieron que adaptarse las formas importadas, recortándose lo que nada tenía que ver con ella. Ahora, que nos atrevemos a sacar de la misma realidad las formas que mejor sirvan para su transformación no Podríamos caer en un esteticismo contemplativo que nunca ha tenido que ver con nuestra existencia. Esa descripción, ese apreciamiento de las líneas que escorzan nuestra existencia, no puede tener otro fin que el tomar conciencia de la realidad dentro de la cual hemos de elaborar los instrumentos que nos sirvan para transformarla. Tarea que no puede ser obra de un día, de un año o varios, acaso tampoco de una generación; pero tarea que debe ser iniciada, estimulada y completada

por todas las generaciones que nos sigan, porque es una tarea que sólo podrá terminar con el hombre, cualquiera que sea su original circunstancia.

Esta realidad nuestra que ahora se va haciendo patente muestra, mejor que ninguna otra, la circunstancialidad de todas las soluciones pero, también, la capacidad del hombre para permanecer en medio de circunstancialidades tan cambiantes como la nuestra. En nuestra situación se está haciendo patente un modo de ser del hombre que, sin ser original, sí presenta rasgos potencializados por las circunstancias que le han tocado en suerte. Rasgos propios de todos los hombres, pero en circunstancias que les hacen destacarse como experiencias límites que es menester tornar en cuenta. Rasgos como el de la zozobra, la inseguridad y otros más, son propios de todos los hombres, no son privativos del hombre de México. Más aún, son estos rasgos los que más se hacen patentes en el hombre contemporáneo, en el hombre que vive dentro del mundo actual de crisis cuya solución sólo puede perfilarse dogmáticamente por las doctrinas que se lo disputan. Pero la importancia de estos rasgos, por lo que se refiere a su expresión en el mexicano, está en su permanencia.

La zozobra, la inseguridad, la inconsistencia y todas sus equivalencias han sido y son vividas por todos los hombres; pero nunca como un modo de ser permanente, inherente a todas sus expresiones culturales. Éstas han sido formas de vivir propias de épocas de crisis, transitorias; épocas en que se ha pasado de una fe a otra fe, de una seguridad a otra seguridad. En el mexicano esta zozobra, inseguridad e inconsistencia han sido permanentes; las lleva entrañadas desde el día en que se encontraron dos mundos tan opuestos como el europeo y el americano. Éstas han sido siempre permanentes y se han encontrado latentes por debajo de todas las aparentes soluciones. Nunca ha pasado de una fe a otra fe, siempre ha permanecido desgarrado entre formas de fe no conciliadas; agarrado a ellas sin querer abandonar ninguna, pero tampoco sin darles unidad. Sin embargo, esta inseguridad y zozobra permanentes, no han bastado para destruir su afán de vida y un afán creador en medio de lo circunstancial y transitorio. Afán que se ha expresado como permanencia en el cambio; permanencia cotidiana, al día; pero permanencia cuya renovación va permitiendo observar un cambio de situación, un avance, un progreso, donde todo avance y progreso parecía ser imposible. La acumulación de un trabajo permanente y casi sin trascendencia se va presentando con los caracteres propios de una obra original, obra nunca planeada, nacida casi de milagro como las maravillas que la naturaleza suele crear en su seno con las gotas de agua que desde tiempos inmemoriales van filtrándose. Viviendo a pesar de todo; viviendo al día, pero viviendo siempre, el mexicano puede ya ofrecer a un mundo, a ese mundo que nuevamente se siente inseguro y zozobante, una gran experiencia. Esto es, una experiencia que puede ser ejemplar, que puede servir de ejemplo a otros pueblos. Una experiencia cuya conciencia puede, quizá, dar la solución de muchos de los problemas en que se debate la humanidad actual. Experiencia para un mundo que parece haber gastado su patrimonio de soluciones trascendentales, y que se ve obligado a vivir dentro de soluciones de carácter inmanente, limitadas; soluciones que habrán de ser continua y permanentemente renovadas. Esto es, ejemplo o experiencia para un mundo que tiene que vivir como el nuestro, al día. Pero un día cuya inseguridad sea el mejor índice del desinterés que hace posible la verdadera creación, ese afán inútil, pero creador de ser más que un hombre.

c. La técnica y el hombre

Con anterioridad se han descrito ya las formas de comunidad y moralidad a que puede dar un modo de sentir la vida como éste del mexicano. Modos de ser y existir en el borde de todas las posibilidades tanto negativas como positivas. Formas de comunidad y moralidad plenas de peligros y, como todos sus frutos, inseguras y zozobrantes. También, este modo de sentir y vivir la vida da al hombre de México una forma de enfrentarse al mundo que, dentro de una visión parcial, puede presentarse como puramente negativa. Uno de estos aspectos es el de las relaciones del hombre con la técnica.

Vieja, muy vieja, es la tesis que afirma la incapacidad del mexicano para la técnica. Desde el siglo pasado, en los albores de nuestra independencia política, ya se planteaba este problema y se luchaba por cambiar eso que se creía eran hábitos adquiridos, para capacitar al mexicano en el uso de la técnica; tal y como la usaban y usan los grandes pueblos que encabezaban y encabezan la llamada Civilización Occidental. Lucha que, hasta hace muy pocos años parecía inútil. El mexicano parecía no estar capacitado para la técnica. Ésta entró, pero por partes, en la medida en que le fue siendo necesaria de acuerdo con el modo de sentir su vida. Claro que hubo épocas, como la del

Porfirismo, en que pareció adoptar todas las técnicas y se habló con énfasis del progreso y de la ciencia; pero lo cierto es que este progreso y esta ciencia no llegó a ser otra cosa que un modo verbal de justificar una situación social determinada. El progreso material, la técnica que lo hacía posible, estaba en otras manos que no las mexicanas. Los técnicos europeos al servicio de los capitales europeos, no veían en el mexicano sino un peón para ser utilizado dentro de su técnica, no un hombre capaz de servirse de todas las técnicas. Ha sido con la Revolución, y una vez hechos patentes los problemas que era menester resolver y la realidad a la que era menester vencer, que se ha iniciado esta tecnificación del país y mostrado la capacidad para la técnica del mexicano.

Obligado a enfrentarse a una realidad difícil y a unas circunstancias constantemente cambiantes, con instrumentos casi primitivos, el hombre de México ha ido adquiriendo capacidades técnicas que podrían servir de ejemplo a otros pueblos. Con mejores y más precisos instrumentos, esta capacidad para la técnica propia del mexicano no se ha perdido, todo lo contrario, se ha convertido en una de las mejores formas de su utilización. Mucho se habla ahora de pueblos, grandes pueblos civilizados, en los cuales el hombre ha sido subordinado a la máquina. La técnica ha puesto a su servicio al hombre y no al contrario, como debería ser. El hombre se ha ido convirtiendo en una pieza más de las máquinas que deberían estar a su servicio. La especialización técnica, por ejemplo, lo inutiliza para lo general y lo obliga a formas de sociedad que semejan a las de la colmena. En el mexicano, por el contrario, ha permanecido ese modo de ser que en otras circunstancias parecía negativo y que le hace querer apresar todos los resortes de la máquina que le sirve en una relación concreta e individual, con un sentido de equipo poco desarrollado aún.

Frente a las máquinas, los hombres de esas Civilizaciones Contemporáneas a que me refiero, van adoptando una actitud cada vez más deshumanizada. La ruptura de una máquina puede paralizar un conjunto de proyectos cuya realización no se buscará por otra vía, sino que aguardará al especialista que la haga marchar. Un fracaso técnico puede hacer fracasar un gran proyecto vital porque se carecerá de la elasticidad suficiente para adaptar este



proyecto a las circunstancias que el fracaso presente. El mexicano, por el contrario, acostumbrado a estos fracasos, acostumbrado a tener que librar una lucha en la que es menester proyectar cotidianamente, este fracaso no puede representar sino una de tantas experiencias que en forma alguna podrán modificar un proyecto que sólo va surgiendo en las cambiantes circunstancias.

A casi ninguno de nosotros es ajena esa experiencia que nos ofrecen diversos mexicanos en su trato con la máquina, por ejemplo, los choferes o los aviadores que establecen la comunicación de pequeños poblados. En ellos el automóvil o el avión adquieren un carácter casi personal. No son cosas, más bien se diría que son personas, amigos que se portan más o menos bien; amigos que ayudan o se hacen los

remolones. Amigos a los que se premia o castiga. O especie de amadas a las que inclusive se adorna o emperifolla con gran coquetería. La descompostura de estos aparatos, salvo que sea extremadamente grave, tan grave como una gran enfermedad en que es menester llamar al médico, detendrá su marcha y, con ella, los cotidianos proyectos de su poseedor. Si no sucede tal cosa el hombre se ingenia por arreglar sus descomposturas de la mejor manera posible. Un alambre por aquí, una horquilla, un trozo de corcho o un mecate, podrán ser suficientes. El automóvil cumple con su cotidiana misión, el avión vuela de pueblo en pueblo llevando a veces el erizado cuerpo de algún extranjero que ya en el aire se entera y no comprende tan grave irresponsabilidad. En otros pueblos, tanto el automóvil como el avión detendrán su marcha, no cumplirán la misión para la cual les ha hecho el hombre, por pequeño que sea el desperfecto, por fácil que sea un arreglo provisional. La vida no se detiene ahí porque hay otros miles de automóviles y otros miles de aviones que realizarán la misión, al igual que otros miles de máquinas y otros miles de hombres, pues tanto las unas como los otros no son ya sino un número, partes de una cantidad; siempre susceptibles, impersonales. Ni los hombres ni las máquinas cuentan individualmente; sólo cuenta la cantidad. En estas sociedades la máquina, maquiniza al hombre, mientras que en la nuestra, hasta ahora, es el hombre que humaniza a la máquina.

En esta utilización de la máquina el mexicano sólo exige a ésta sino su cotidiano bienestar. Bienestar que podrá crecer en calidad, pero que siempre parecerá como cotidiano. El mexicano en general, parece poco apto para el atesoramiento, para la acumulación de bienes. Le basta lo necesario y el resto lo derrocha, lo despilfarra manteniendo, como permanente, su vivir al día. Vivir al día lo mismo en la pobreza que en la mayor riqueza. Vida siempre circunstancial, azarosa, independientemente de las circunstancias materiales. Esto es, vida que se ha transformado en un modo de ser que ya nos es propio y del cual ha de surgir lo original. En otros pueblos, la acumulación de estos bienes, una acumulación por la acumulación misma, sin un sentido humano de aprovechamiento, lleva necesariamente a un nuevo tipo de esclavitud: el hombre es el esclavo de sus riquezas. Por conservarlas sufre toda clase de desvelos, privaciones y daños corporales y espirituales. En el mexicano estos bienes no son, aún, sino verdaderos instrumentos al servicio de sus propios fines. Son bienes de uso y hasta de abuso; pero bienes subordinados a la arbitraria voluntad de su poseedor. Bienes accidentales, al día que bien pudieran no haber existido nunca.

d. La comunidad y el hombre como individuo

La sociedad Occidental Contemporánea a fuerza de prever la acción de los individuos para mejor servirlos, ha terminado por convertirlos en autómatas. La acción de éstos se mueve dentro de cuadros cada vez más cerrados y precisos. La estructura social de las grandes civilizaciones que en la actualidad se disputan el mundo es cada vez más semejante a una gran máquina en la cual los hombres como individuos no son otra cosa que dientes de un colosal engranaje, tornillos, resortes o piezas más o menos importantes de una gran maquinaria.

Cada vez más estos individuos van actuando de acuerdo con determinado fin, el que les corresponde exactamente dentro del engranaje de que son parte. La libertad, la capacidad para actuar de otra manera que la prevista, va siendo cada vez más nula. No cabe ya lo imprevisto, la improvisación o el gesto inútil y gratuito que hasta ahora había sido la fuente de toda creación.



Dentro de este mundo social de previsiones, de enlaces establecidos maquinalmente, es imposible que surja lo que se ha venido llamando individualidad propiamente dicha. El individuo es, todos nosotros lo sabemos, algo único, algo que no puede dividirse, ser otro. El individuo es algo irremplazable. Pues bien, este individuo no puede existir dentro de una sociedad en que todas las posibilidades de acción personal pueden ser calculadas con una precisión matemática cada vez mayor. El individuo no puede existir dentro de las probabilidades, cada vez más seguras, de las grandes estadísticas en que se le va encuadrando. Dentro de esta sociedad sólo caben números, sociedades anónimas y soldados desconocidos. Es esta misma sociedad la que ha permitido las persecuciones y matanzas globales, de acuerdo con un criterio estadístico, de la última guerra. La misma sociedad que ha justificado el uso de la bomba atómica calculando el ahorro de tiempo, de material en relación con el número de muertos que se necesitan para ganar una guerra. Criterio que nos dice estadísticamente: en vez de enviar sobre Nagasaki X número de bombarderos durante X número de días que producirán X número de muertos; enviamos un bombardero con una bomba atómica que en unos cuantos segundos provocará la misma cantidad de muertos, con lo cual se rompen todos los récords de matanzas rápidas y en grande. La misma sociedad que ahora vemos realizar cálculos semejantes en lo que se llama guerra fría, en la cual se prevé cuánto material y cuántos hombres será menester destruir para mantener el status que permita la seguridad. ¿Seguridad de quién? No se sabe, pues en el cálculo no valen personificaciones. Dentro de estos cálculos determinadas cantidades de individuos, más o menos ascendentes, están destinadas a ser sacrificadas al igual que otras a ser aseguradas. Sólo se puede hablar de lo general, de clases de razas, de pueblos o naciones. Dentro de este criterio de cálculos y estadísticas no interesa ya el individuo como persona. No interesan sus aspiraciones, sus anhelos, su moralidad, su concepción del mundo y de la vida, sino su mayor o menor aptitud para determinada tarea mecanizada. Los sentimientos dejan su lugar a una razón que calcula con precisión dando al individuo la más insegura de las

seguridades. No tiene más seguridad que la de saber que el número que le corresponde en esos cálculos es el número justo, que el papel mecánico que juega es el papel que necesariamente le corresponde dentro de un reparto de aptitudes, igual que el del tornillo al que le corresponde atornillar un determinado lugar y no otro. El hombre despersonalizado de estas sociedades es ese mismo hombre que sólo la novela contemporánea, en un esfuerzo por reivindicar su humanidad, presenta con todas sus angustias ante un mundo contra el cual lucha inútilmente. Ese hombre que es el Proceso de Kafka, se ve obligado a aceptar una condena de un juez que nunca ha visto y de una culpa cuyo origen ignora.

Frente a este mundo surge uno como el nuestro. Un mundo casi primitivo. Con esa inseguridad personal y concreta que hemos visto. Mundo inseguro, imprevisible y lleno de zozobras. Un mundo en el cual la sociedad se establece a través de ligas que no van más allá de las formas de la amistad o el parentesco. Una sociedad sin ciudadanos, sociedad de amigos y de parientes. Sociedad en la que se eluden casi todas las formalidades estableciéndose relaciones entre individuos concretos. Sociedad cuyas leyes y legalidades no hacen sino encubrir situaciones de hecho realizadas por voluntades concretas. Sociedad en la cual la maquinaria burocrática es eludida a través del establecimiento de contactos con las personas claves en los asuntos que se quiere arreglar; arreglos que se obtienen por amistad o cohecho, como la "mordida". Sociedad en la cual las autoridades, aun las más altas, son vistas en función con la relación concreta que pueden tener con el resto de los individuos igualmente concretos que forman la sociedad que se ha expresado en estos últimos años de nuestra vida política con el nombre de "amiguismo". El poder ser, por ejemplo, amigo del Presidente de la República o amigo de sus amigos, o amigo de los amigos de sus amigos en una cadena sin fin que bien podría abarcar a todos los miembros de nuestra sociedad.

Esta sociedad nuestra, pese a todos los defectos, a todas esas fallas que tan conscientes nos son, puede dar origen a un tipo de comunidad verdaderamente humano, sin caer, ni en el maquinismo que caracteriza a las sociedades occidentales contemporáneas, ni en la anarquía, inseguridad plena e irresponsabilidad en que estamos siempre propensos a caer ineludiblemente. Comunidad que ligue a los hombres con los hombres y no con entidades abstractas, incontrolables y deshumanizadas. Comunidad en la cual los individuos a fuerza de saberse personales y únicos, se sepan también los únicos y personales responsables de su acción. Sociedad en la que termina ese fácil abandonarse a la voluntad de un caudillo, y se dé lugar a un alto sentido de responsabilidad personal, tanto por lo que se refiere a los gobernantes como a los gobernados; un sentido de responsabilidad que abarque a toda clase de funciones.

e. Hacia una nueva moralidad

Los modos de ser del hombre de México que aquí se han venido describiendo, son modos de ser que, sin ser privativos del mexicano, pueden dar origen, si se racionalizan y hacen conscientes, a formas de conducta originales y ejemplares para otros pueblos en circunstancias parecidas a las nuestras. Formas de conducta que, como hemos visto en los ejemplos presentados respecto a las relaciones del mexicano con la técnica y la sociedad, no tienen por qué ser necesariamente negativas. Estas formas de conducta sólo habían sido vistas, aun en los análisis más recientes, en relación con formas de conducta consideradas como paradigmas, tales como lo eran las presentadas por los pueblos occidentales. Nuestra precaria situación económica, social e internacional y los grandes progresos materiales y culturales alcanzados por esos pueblos, nos hacían rebajar extremadamente nuestras formas de conducta y exagerar el valor de las otras. Valorábamos unas y las otras sin casi tomar en cuenta la diversidad de nuestras circunstancias y con plena parcialidad. Esta parcialidad nos hacía ciegos para captar los rasgos positivos de nuestra conducta y los negativos de la que nos servía de modelo. Dentro de una valorización fija fueron analizadas nuestras formas de conducta dando lugar a las puras descripciones negativas de los mismos pueblos en función con una situación que no les correspondía.

Establecida la valorización; fácilmente se pasó a la explicación de las causas que habían dado origen a esas formas de conducta del mexicano y. con ellas, se ofreció también el instrumental que podría transformarlas. Adler, Freud y Scheler entre otros, nos ofrecieron el cuadro de explicación de nuestras formas de conducta. El complejo de inferioridad, los complejos sumergidos y el resentimiento fueron, entre otras, las causas que mejor explicaban la conducta del mexicano. Explicadas las causas era menester pasar ahora a su transformación, a un cambio de hábitos y costumbres que nos pusieran, por fin, a la altura moral de los pueblos que seguían siendo nuestros modelos. El

instrumento para esta transformación lo ofrecían, ya se ha dicho, Adler, Freud y Scheler. Mediante el psicoanálisis de nuestra personalidad, la catarsis o la conciencia del origen de nuestros resentimientos, podríamos llegar a un cambio, en sentido positivo de nuestro ser. Con esta preocupación se inició este extraordinario movimiento filosófico, en torno a nuestro modo de ser, del cual formamos parte.

Sin embargo, la última guerra mundial y la filosofía a que dio origen realizaron una inversión de valores. Inversión frente a la cual nuestras formas de conducta resultan no ser tan negativas. Es más, pueden resultar positivas si son ajustadas conscientemente a la exigencia de nuestra realidad en relación con nuestra personalidad. La misma Cultura Occidental busca en pueblos, como el nuestro, formas de conducta que sea capaz de vitalizar y dar elasticidad a las suyas. Formas de conducta fresca, inédita, capaz de desanquilarla. De ahí su gran interés por pueblos o grupos sociales considerados en "situación marginal". Esto es, pueblos o grupos sociales que se encuentran al margen de las ya gastadas formas de conducta occidentales; "más allá" o "al filo" de sus ya mecanizados cuadros de acción moral y social.



Esta inversión de valores que ha permitido a Europa la mejor comprensión de otras culturas y a nosotros la revalorización de lo que nos es propio, es también expresión de una actitud para la cual nos encontramos igualmente aptos. Expresión de una mayor elasticidad en puntos de vista, actitudes o formas de comportamiento. Inversión de valores que implica la capacidad del hombre para adaptarse y readaptarse a las circunstancias que la realidad va ofreciendo. Actitud que implica un continuo reajuste de situaciones, única forma de evitarlos mortales anquilosamientos que ponen fin a una cultura. Con

esta inversión de los valores se inicia un modo de ser del hombre en permanente y consciente lucha con sus circunstancias.

En esta nueva manera de enfrentamiento con la realidad, el mexicano se encuentra perfectamente entrenado. Mejor preparado para lo imprevisto; para ese futuro imprevisto que ahora mantiene en angustiosa expectativa a muchos pueblos. Mejor preparado para un futuro que muchos suponen sea de muerte total o de vida más justa. Mejor preparado por varios siglos de permanente espera de lo inesperado, de un inesperado cotidiano y por cotidiano, permanente. Mejor preparado porque esta espera de lo inesperado en lugar de mantenerle irresoluto le ha hecho actuar siempre de acuerdo con las inesperadas situaciones que se le han ido presentando.

Sin embargo, a esta capacidad del mexicano para actuar elásticamente ante situaciones inesperadas, le ha faltado una conciencia. Una conciencia capaz de hacerle captar los lineamientos o márgenes dentro de los cuales ha de moverse si no quiere caer en ninguno de los extremos que, por inadecuados, hagan su acción negativa. Conciencia que pueda neutralizar el puro actuar por actuar sin ningún sentido. Conciencia que le haga ponderar de los lineamientos que adopte e invalide toda posible escapatoria por el campo de supuestos complejos o resentimientos. Conciencia que le haga ver cómo tanto los unos como los otros, no son otra cosa que expresión de una falta de elasticidad en la adopción de determinados proyectos, la cual hace que al no realizarse éstos, el individuo se mantenga tercamente en los mismos aun a costa de la pérdida de su primitivo sentido. Pues bien, dar esta conciencia, es, en mi opinión, el papel que corresponde a nuestra filosofía.

A nuestra filosofía corresponde dotar de sentido a todas estas expresiones de nuestro, hasta ahora, cotidiano modo de ser. A nuestra filosofía corresponde situar, también, en permanente reelaboración, este modo de ser para que permanezca dentro de los linderos de un justo medio. Un justo medio que eluda, por un lado, la caída en una racionalización extremada que angoste la vida y, por el Otro, la caída en un irracionalismo sin límites que por ilimitado haga imposible toda vida. A nuestra filosofía corresponde también realizar esa permanente inversión de valores que permita su permanente concordancia con nuestras necesidades y con nuestra realidad. A ella corresponderá, también, la articulación de esos modos de actuar, de vivir y convivir, propios del mexicano; para ir elaborando con ellos una moral; moral que no sólo sea de México, lo mexicano o el mexicano, sino una moral que por

su arraigo con lo concretamente humano sea también una moral del hombre, de todo hombre en circunstancias parecidas a las nuestras.

5. Fin De "Conciencia Y Posibilidad Del Mexicano"

a. Dialéctica de la conciencia en México.

La palabra conciencia aparece, en general, dotada de un sentido abstracto cuando se la refiere a la historia, como es el caso presente. Sin embargo, no hay tal, con esta palabra se quiere hacer referencia a una serie de hechos concretos, a una realidad viva y plena como lo es la existencia humana en el más auténtico de sus sentidos, el de la convivencia. Existir es convivir, vivir con los otros; y esta convivencia es posible gracias a esa conciencia. Ya que conciencia es saber en común, o saber de otros; complicidad. Pero a pesar de ser ésta una actitud propia del hombre, es una de las más difíciles. Tener conciencia, tomar conciencia, es tarea humana permanente. Se trata de hacernos cómplices de la existencia de los demás y de hacer a éstos cómplices de nuestra existencia. Pero es esta complicidad la más difícil de las tareas porque siempre nos sentimos más capacitados para imponer nuestra existencia que para aceptar la de los demás.



La historia de la cultura, en el más humano de sus sentidos, es la historia de esta lucha del hombre para situarse ante los otros y para situar a éstos ante sí mismo. Lucha amarga, dolorosa, en la que el hombre hiere y es herido. Lucha en la que las heridas recibidas y dadas le van dando conciencia de su humanidad, de su ser hombre, a diferencia de otros entes que jamás podrán, por sí mismos, tener conciencia de su ser. Esta conciencia de lo humano se da en la historia a través de una serie de afirmaciones que tanto Hegel como Marx han llamado dialéctica.

El hombre es el único ente que da sentido a lo que le rodea. Esto es, lo acomoda en forma tal que le es familiar, no extraño. Cada una de las cosas que le rodean es convertida en algo sólido y seguro mediante el sentido de que la dota. Las cosas son cosificadas, esto es, convertidas por el hombre en cosas sin más. Pero dentro del mundo que le rodea se encuentran unos entes que no sólo se niegan a ser cosas sin más, sino que a su vez le amenazan con cosificarlo. Por su seguridad, para afirmar su existencia, como antes la ha afirmado frente a la naturaleza, se enfrenta a estos entes que, a semejanza suya, se enfrentan a él. Se establece una lucha extraña y contradictoria, lucha plena en paradojas. No sólo se enfrenta a los otros, sus semejantes, para cosificarlos como ha cosificado al mundo natural; también se enfrenta a ellos para que éstos le reconozcan como su igual, como su semejante. Por un lado, mediante una tarea cosificadora, quiere negar a los otros su semejanza, esto es, su ser hombres como lo es él; por el otro quiere que éstos le reconozcan como su igual, como su semejante, esto es, su ser hombre. Mediante mil subterfugios trata de negar a los otros su humanidad; pero al mismo tiempo se la afirma a ellos cuando les pide el reconocimiento de la propia.

Se establece así una dialéctica que no es sino el regateo mediante el cual se exige y concede humanidad. En este regateo se juega la existencia del hombre. Regateo que suele tomar caracteres de tragedia cuando entra en juego la fuerza, la imposición brutal, la conquista, mediante las cuales el hombre cree afirmarse negando a los otros toda posible semejanza. De aquí esa serie de formas de elusión del reconocimiento de ésta. Los otros se presentan como cosas, amputada su humanidad, rebajados en la escala de lo humano. Los otros son mis esclavos, mis siervos, mis obreros, mis útiles. Los discriminamos mediante una serie de pretextos, a veces sutiles; les negamos alguna semejanza con nosotros. Una buena justificación lo puede ser la pigmentación de la piel, negra, morena, o amarilla. Otra la clase social a que se pertenece. Otra el sexo. El negro, para poner el ejemplo más actual, el trabajador o la mujer suelen ser formas justificativas de esta negación de lo humano. El blanco, el amo o patrono y el varón se presentan a sí mismo como dotados propiamente de lo humano. Lo humano parece depender del color de la piel, la

situación social o el sexo. Lo que debería ser accidental es elevado a la categoría de arquetipo de acuerdo con el cuales enjuiciado todo lo que pretende tener con él alguna semejanza. Y así como se puede discriminar a los otros por medio de esas formas accidentales de distinción, también se puede establecer esta discriminación partiendo de otras formas como lo pueden ser la educación recibida, la cultura, etc.

Hombres y pueblos, otros hombres y otros pueblos, se encuentran así de pendiendo de estos juicios, esto es, prejuicios. Por esto aparecen en la historia pueblos que se consideran a sí mismos como donadores de lo humano. Pueblos que hacen de su propia cultura el arquetipo conforme al cual otros pueblos tendrán que justificarse si aspiran a formar parte de la comunidad que forma lo humano. Pueblos que se consideran a sí mismos como la encarnación de la cultura o civilización humanas. Pueblos que se erigen como cultivadores y civilizadores de otros pueblos. Estos últimos, si han de salvarse, esto es, si han de poder ser considerados en la misma altura de los primeros, tendrán que someterse a la acción civilizadora o cultivadora de éstos. Todo lo que no encaje dentro de los cuadros de comprensión de estos pueblos que se consideran privilegiados tendrá que ser eliminado o, cuando menos, adaptado a los términos de esa comprensión. Frente a esta imposición, el hombre, sin más, va tomando conciencia de su humanidad al mismo tiempo que toma conciencia de la de los demás. Lo humano se da, precisamente, en esa capacidad de comprensión que lima las diferencias y hace posible la convivencia, uno de los rasgos definitorios de lo humano. Esta conciencia se da a través de una serie de luchas en las que el hombre se enfrenta al hombre para tomar conciencia de sí y de los otros. No se trata del hombre en abstracto, sino del hombre que es cada uno de nosotros y de los otros. Este hombre va tomando conciencia de su ser como tal pasando por encima de todos los obstáculos y opresiones. En esta forma de conciencia se hace patente la accidentalidad de todas esas diferencias a que hemos aludido para quedar sólo la semejanza. Esto es, simplemente el hombre, la humanidad concreta.

Dentro de todas las culturas es la occidental la que mejor se ha caracterizado por esa capacidad de proyección de sus propios puntos de vista sobre los de otras culturas. Esta proyección discriminatoria de puntos de vista que le sean ajenos ha tomado ese nombre que tanto le caracteriza, Imperialismo, y, como consecuencia, ha dado lugar al colonialismo. El imperialismo es la forma de imposición de los puntos de vista de un pueblo, o una cultura sobre otro pueblo u otra cultura. El mundo occidental posee en tal grado esta fuerza de proyección negadora de la existencia propia de los demás. Los puntos de vista del hombre occidental se presentan como los puntos de vista del hombre universal, esto es, como los únicos puntos de vista del hombre si ha de tener este derecho a ser llamado tal.

El hombre occidental, salvo en nuestros días, nunca ha creído necesario justificarse como tal. Todo lo que él es, su cultura, su historia y su existencia son, sin más, la más alta expresión de lo humano y lo que no se le semeja queda relegado al campo de lo infrahumano, la barbarie. Todos los demás hombres no son otra cosa que formas balbucientes de lo humano. Lo que de humano tienen se mide por el punto de vista que sobre lo humano tiene el occidente. Aquí se ha preguntado por qué el francés, el inglés o el alemán no se hacen cuestión de su ser como ahora se lo hace el mexicano. En ellos el ser francés, inglés o alemán lejos de ser algo occidental es ser lo universal por excelencia. Sus puntos de vista, aunque se encuentren teñidos por la realidad de que son expresión, son considerados como los puntos de vista delimitativos de lo humano. Son los otros hombres los que tienen que rendir cuentas de su ser, no el occidental que se considera a sí mismo como paradigma de lo que es lo humano.

Las últimas crisis de esta cultura han puesto en tela de juicio esta pretensión. Y la han puesto sus mismos hombres que van tomando conciencia de la existencia de otras formas de humanidad que no tienen necesariamente que ser encuadradas dentro del punto de vista occidental. Las crisis hacen siempre patente la relatividad de las valoraciones que parecían ser esenciales a lo humano. Esa relatividad se expresa en nuestros días en la última a floración de la filosofía europea. El hombre europeo se da ahora cuenta de la relatividad de sus puntos de vista y, con ello, toma conciencia de lo humano en un sentido más amplio.

Lo humano no depende ya de puntos de vista limitados, no de n ya de interpretaciones circunstanciales. Lo humano no es ya una abstracción que delimita, sino una realidad que, por ser tal, acerca, identifica, semeja. En lo concreto en donde lo humano está siendo captado. En lo aparentemente limitado por su concreción se está captando lo auténticamente universal. El hombre de occidente toma ahora conciencia de la limitación de sus puntos de vista y, con ello, también toma conciencia de la existencia de otros puntos de vista sobre lo humano que, en su conjunto, han de ofrecer necesariamente las necesarias piezas que forman verdaderamente al hombre.

Pero no es sólo el hombre occidental el que va tomando conciencia de lo humano en este más amplio sentido, también la van tomando otros hombres que hasta ayer tenían que justificar su humanidad ante el mundo que se las regateaba estos hombres son los que habían y nido formando parte de esos pueblos a los que se ha dado el nombre de colonias. Estos hombres no pretenden ya justificarse ante otros adoptando los puntos de vista de éstos. Sino que, independientemente de tales puntos de vista, tratan de justificar ante sí mismos su calidad de humanos. Partiendo de su realidad, de éste mundo circunstancial que les ha tocado en suerte, van tomando conciencia de su propia humanidad. Estos hombres, que hasta ayer se habían visto obligados a tomar puntos de vista prestados para justificarse, ahora buscan en su propio ser la única y verdadera justificación de su ser hombres.



Hace pocas semanas se encontraba entre nosotros un especialista en culturas orientales y latinoamericanas comisionado por una alta institución de cultura estadounidense para estudiar un fenómeno que se hacía extrañamente patente en estos últimos años. Este investigador confesaba que le llamaba mucho la atención la preocupación que ahora nos reúne aquí, esa pregunta por el ser del mexicano; porque la misma la había encontrado en otras partes de la América Latina, como el Brasil, Chile y Cuba. Pero que era más sorprendente el hecho de que esta preocupación se hubiera hecho también patente en varios pueblos orientales poco antes de desatarse la actual contienda en

Corea. Una preocupación semejante a la del mexicano, el chileno o el brasileño por el ser del hombre y su cultura circunstancialmente delimitados, se hacía también patente en China, la India, Corea, Indochina y otros países asiáticos. Una preocupación, no es función simplemente circunstancial sino universal, se hacía patente en estos pueblos en los últimos años. No se trataba de saber qué es lo chino, lo indio, lo coreano o lo indochino, sino de saber, desde el punto de vista de lo humano, qué es lo que esta realidad circunstancial significa dentro del conjunto de realidades que llamamos humanidad. Se va a la propia realidad, no para quedarse en ella sin más, sino para abstraer de ella el conjunto de posibilidades que permitan una eficaz colaboración con el resto de los pueblos, con la humanidad.

En otras palabras, se toma conciencia del propio ser humano para desde este punto de vista situarse ante los demás en un plano de igualdad, de semejanza, con independencia de toda accidentalidad. Ahora bien, esta toma de conciencia de lo humano que no parte ya de una imposición, sino de un sentido de comprensión, tiene una historia. Una historia en la que se mueven hombres concretos que han venido luchando tanto porque se les reconozca su humanidad como por reconocer la de los otros. En nuestro caso vamos a intentar un esquema de la historia de esta toma de conciencia en México. Historia cuyo punto de partida es la imposición de una cultura sobre otra cultura; la imposición de los puntos de vista de un tipo de hombre sobre los puntos de vista de otro; así como los esfuerzos del uno y del otro para tomar conciencia de su situación en ese mundo que se iba formando dialécticamente, más allá de sus mutuas contradicciones.

Múltiples circunstancias conducen al hombre occidental al encuentro de un Mundo Nuevo. Mundo extraño, ajeno a sus puntos de vista. Otro tipo de hombres con otras costumbres y concepciones del mundo y de la vida vendrán a desajustar su horizonte familiar. El no poder colocar a este nuevo hombre dentro de los cuadros que desde su punto de vista eran los propios del hombre, en general lleva al europeo a negar a éste tal calidad. En vez de comprenderlo le niega subordinándole a puntos de vista que le serán necesariamente ajenos. El indígena quedará rebajado en su calidad humana, equiparado a las bestias. Su cultura, al no entrar tampoco en el mundo familiar de su conquistador, es vista ante cristianos ojos como fruto demoníaco. No se concibe una cultura que haya podido escapar a los dictados de la Providencia. Dios no pudo haber creado un mundo cuyos hábitos y costumbres son negación permanente de una moral dictada por él mismo.

Este mundo debe ser obra del "Demonio". Una gran masa de hombres queda así subordinada desde todos los puntos de vista. Su cultura es negada y su humanidad rebajada. En este enjuiciamiento no cabrá apelación. El indígena mexicano se verá obligado acallar su propia humanidad para aceptarla que le ofrece su conquistador. Ser hombre tendrá que transformar su cultura adaptándose al mundo familiar del hombre que ahora le domina.

El indígena carece de voz directa. No habla y si lo hace es a través del mundo de categoría que le ha impuesto el europeo. Las historias y relaciones que sobre su vida y su cultura se hacen, cubren su auténtica realidad, lo que para el indígena debió haber sido ésta. El sentido que de ellas se obtiene se encontrará subordinado a la interpretación que sobre la cultura tendrá el mundo occidental.

La cultura indígena quedará así enmascarada por los puntos de vista de su conquistador. Esté máscara justificará el predominio social, político y económico del grupo que ha hecho la Conquista. Sin embargo, subterráneamente, el indígena hará sentir lo que como humano le es propio. El conquistador se verá envuelto en esa humanidad que le rodea, pese a que se empeña a en no reconocerla. Algo, que no cierta a expresar, le arraiga a la tierra que está bajo su dominio. Empieza a sentir este mundo como algo más propio que aquel del cual proviene. En este primer mexicano, que así podemos llamarle, se plantea esa lucha que tanto habrá de caracterizarnos. Sentirá que ha dejado de ser europeo, pero no sabrá decidirse a ser plenamente mexicano. Algo hay en esta tierra que le seduce y arraiga, pero es algo que no está al alcance de sus categorías de comprensión. Este algo le impide reconocer la existencia de un mundo diverso al suyo aunque sienta ya esta diversidad en sus venas alejándole de la tierra de que es originario. Sus semejantes en la Península española no tardarán mucho en hacer patente esta distinción, al dar a estos españoles en tierras mexicanas el nombre de indianos.

Una serie de juicios y prejuicios rodean al indiano distinguiéndole del resto de los nacidos en la metrópoli española. Juicios y prejuicios le rebajan ante los que hasta ayer parecían ser sus semejantes. Su humanidad es regateada en todas las formas de su expresión cultural al ser enjuiciadas éstas desde los puntos de vista de la cultura metropolitana. La Corona Española se cuidará muy bien de hacer patentes estas diferencias al regatear a los conquistadores de estas tierras muchos de los privilegios que éstos consideraban ganados. De aquí los primeros esfuerzos para poner al mundo conquistado a la altura del mundo del que son conquista. Esfuerzos de comprensión buscando las semejanzas en vez de las diferencias como puede apreciarse en los relatos de los conquistadores. A estos esfuerzos se unen los de los misioneros que vienen a salvar almas o aliviar cuerpos como Sahagún y Las Casas. El primero tratará de salvar al mundo indígena de la acusación de ser una cultura originada por el "demonio"; el segundo luchará por librar al hombre originario de estas tierras de esa falsa naturaleza que le es achacada, la de "bestias". Ante el prejuicio de la mirada europea sobre estas nuevas tierras, que niega humanidad a sus hombres y cultura, el indiano, lo mismo el hombre de armas que el sacerdote, irá tomando conciencia de su situación en el mundo de lo humano. Se realizan esfuerzos por mostrar cómo las diferencias son sólo accidentales y cómo por debajo de ellas se esconde el hombre sin más.



Lo que va haciéndose patente es la idea del hombre en circunstancia, en una situación determinada. Es esta circunstancia, esta situación, la que hace nacer en los primeros mexicanos la idea de eso que podríamos llamar la mexicanidad, aunque balbuciente. Pero una mexicanidad que lejos de indicar un rebajamiento de lo humano viene a ser su expresión concreta. Tan concreta como lo es en el metropolitano que enjuicia a este mundo con categorías propias de su circunstancia. Lo circunstancial, lejos de rebajar, hace patente este fondo que es común a todo hombre. El hombre de la Nueva España no es menos hombre que el de España. De aquí ese su afán porque le reconozcan sus diferencias y, con ellas, el derecho a ser tratado en un plano de igualdad con el español de la metrópoli. Lo circunstancial, lo distintivo, es enfocado por el metropolitano y el indiano en valoraciones inversas. Para uno lo distintivo justifica la subordinación; para el otro esta misma distinción le hace reclamar igualdad de derechos.

Sin embargo, esta conciencia que tiene el indiano de sus derechos, que lo es también de su humanidad frente a la metrópoli, se anula frente a su propia realidad en donde establece distinciones e subordinaciones que quisiera ver negadas cuando son establecidas sobre él. Distinciones raciales, que rebajan la humanidad de los que le rodean, forman la base de su predominio sobre otros grupos sociales. Hijos legítimos e hijos ilegítimos, criollos y mestizos, así como la gran masa indígena, forman una escala social en la que se regatean derechos o se conceden de acuerdo con una valoración de la que el único autor es el conquistador. En este aspecto su punto de vista será semejante al de la metrópoli sobre su colonia. Lo único que discute, aunque no abiertamente, es su derecho a establecer la

subordinación sobre un grupo de hombres que cultural y racialmente no han justificado su humanidad en los términos establecidos por el español.

Numerosos cercos sociales, políticos, religiosos, económicos y culturales en general, establecidos por la metrópoli española, tratan de subordinar al hombre de estas tierras a los puntos de vista de ésta. El mexicano primitivo ha sido rescatado de las manos del "demonio", su cultura ha sido destruida y en su lugar se alza otra cuyo sentido es el que le ha dado el mundo cristiano. La evangelización del indígena ha cambiado una naturaleza que le hacía semejar a las bestias por la de hombre. Pero mientras se logra esta "humanización" del mexicano, el mundo occidental sufre un grave cambio. Nuevos hechos, nuevas ideas, nuevas filosofías, agitan al Viejo Continente. Un nuevo hombre surge en la historia y, con él, una nueva concepción sobre lo humano. Concepción en la que ya encaja la idea que sobre el hombre se ha impuesto en la Colonia.

Se habla ahora de una Nueva Ciencia que tiene su apoyo en la experiencia y la razón humanas. La naturaleza humana se presenta como el centro de esta nueva concepción del mundo y de la vida frente a la cual aparece a la zaga España y sus colonias. La religión, y con ella todos los prejuicios que la forman, pasa a un segundo término. La técnica, esto es, el instrumental de dominio del mundo físico, la sustituye. Lo que ahora define al hombre es su capacidad para dominar al mundo físico que le secunda. Éste se ha erigido en centro del universo y se preocupa por dominar el suelo, la flora y la fauna que le rodean. Partiendo de estos puntos de vista el mundo occidental vuelve a fijar sus ojos en esta América, haciéndola objeto de una nueva condena. El hombre de estas tierras es nuevamente objeto de un rebajamiento. Nuevamente su humanidad le es regateada. Sus hombres, su flora y fauna son objeto de una condena de acuerdo con las nuevas ideas. Buffon y De Pauw le comparan con el Viejo Mundo y queda ante él reducido. Desde el punto de vista social y cultural el mundo que impusiera España para rescatarle de las manos del "demonio" humanizándole, es ahora una de las razones de su rebajamiento frente al nuevo tipo de hombre.

Pero este enjuiciamiento habrá de provocar una nueva toma de conciencia del mexicano. Una pléyade de sabios se encargará de desmentir las calumnias de Europa. Acuden a esa fauna, flora y tierra mexicanas para demostrar, no sólo una calidad que la hace equipararse, la del Viejo Mundo, sino que, inclusive, le sobrepasa. De aquí nace el mito de la gran riqueza de nuestro suelo. También los hábitos y costumbres del mexicano son objeto de una revalorización. El pasado indígena, que había sido condenado por no adecuarse al mundo cristiano que le conquistó, es ahora objeto de un nuevo enfoque en donde se hacen patentes calidades que antes le habían sido negadas. México se alza orgulloso frente a Europa exigiéndole su reconocimiento. Se realiza una inversión de valores de la cual lo mexicano se convierte en paradigma. Un humanismo, en el que se concilia el espíritu impuesto en la Colonia con el nuevo espíritu del Mundo Moderno, se hace sentir.

El mexicano se sabe ahora poseedor de todos los valores que caracterizan a la Modernidad, tanto los materiales como los morales. Un gran optimismo se deja sentir, ese optimismo que alcanza su máxima expresión en el siglo XVIII y, del cual, hemos escuchado aquí sus mejores panegíricos. Mexicanidad y Humanismo parecen ser las notas características de esta época.

Sin embargo, pese a que se habla mucho de lo mexicano, pese a esa supuesta mexicanidad, es esta época la menos mexicana de nuestra historia. Se va a nuestro pasado, pero no tanto para marcar nuestras diferencias y valores como para marcar nuestras semejanzas con el nuevo punto de vista de la Europa Moderna. Se destaca, no tanto lo propio, como aquello que en alguna forma puede ser equiparado a ese Mundo del hombre moderno. Este mundo ha condenado a la cultura americana en igual forma como ha condenado a su suelo, flora y fauna; pues bien, lo que ahora se quiere es su aprobación, el reconocimiento de que es semejante a él, no por su individualismo y concreción, sino por lo más abstracto y formal. La realidad mexicana, la que se oculta en los hombres que no poseen ni esa riqueza de que tan orgullosos están los criollos ni esa cultura que no está a su alcance, esa realidad no es en forma alguna valorizada.

Se habla de lo mexicano porque no se puede hablar de lo francés o lo inglés, que son los nuevos modelos conforme a los cuales quisiera realizarse nuestro hombre del XVIII. Este hombre que se ha dado cuenta de que el mundo en que se formó está ahora a la zaga del progreso. Se quiere ser moderno, y para serlo se luchará contra ese mundo de ideas impuesto que se lo impide. La mexicanidad de que se habla no es expresión de la realidad que rodea al hombre de México, sino su completa negación.

También se ha hablado del humanismo de este siglo; pero en realidad se trata de un humanismo cultivado, esto es, no abstraído de la realidad misma de México. Humanismo imitado, tomado de los últimos libros y combinado

con un cristianismo sui generis. En su nombre se dignifica al indígena precortesiano, pero nada se hace por el indígena que vive y muere miserablemente en las haciendas y minas propiedad de los criollos. Es en esta época donde más crudamente se hacen patentes las diferencias raciales que marcan la escala de la organización social de la época. El optimismo de la época es un optimismo limitado a los que poseen, como lo es también la mexicanidad y el humanismo. Por debajo se agita, en forma cada vez más incontenible, esa realidad que se quiere ignorar y que habrá de explotar con toda su furia.

El criollo de fines del siglo XVIII y principios del XIX aspira ahora al predominio social, económico político que se encuentra en manos del español de la metrópoli. No intenta transformar el orden social, simplemente aspira a tener su dirección política. El orden de las castas debe permanecer inalterable. Una vez que ha tomado conciencia e una realidad que considera rica en todos los sentidos, así como de sus capacidades para utilizar esta realidad; una vez que se reconoce sí mismo como un hombre a la altura del mundo moderno, su paso siguiente será el de su emancipación de un mundo que ya está a la zaga de lo nuevo. Rico, fuerte, lleno de optimismo, no tendrá por qué seguir aceptando el patrocinio español. Empiezan las conjuras, las conspiraciones por obtener, siempre que sea posible, por medios pacíficos y de persuasión, el cambio político anhelado. Pero otra parte de la realidad mexicana, esa parte ignorada, oculta, la de un pueblo sofocado en estamentos raciales y cansados de explotaciones, cambiará estos proyectos. Esta parte de nuestra realidad nada sabe de mexicanidad, humanismo y modernidad, únicamente sabe de un mundo en el cual le corresponden papeles de explotado. Carece de planes, de doctrinas, simplemente siente descontento. Le mueve, no el optimismo del reconocimiento de sus propias fuerzas, sino la desesperación de sentirse sin ellas. Cuando el criollo se lanza a la revolución para expulsar al continental y quedarse con el poder, el pueblo le sigue porque intuye un cambio que ha de significar el cambio de su situación. El criollo es tomado por sorpresa y arrastrado en un movimiento que nunca ha deseado. Movimientos populares como el de Hidalgo y Morelos llenan de terror a los criollos que no imaginaron la existencia de fuerzas tan poderosas.



Por medio de la fuerza, con furia sorda y ciega, esa realidad que desde la Conquista se quiso cubrir de mil maneras, exige su reconocimiento. Sin ideas, sin filosofías, va tomando conciencia de su ser en la acción de sus caudillos. Acción directa, aparentemente circunstancial. No aspira a cambiar el Mundo, simplemente su mundo, el de cada uno de los hombres que forman esa masa aparentemente amorfa. Nada sabe de los Derechos del Hombre de qué hablan los ilustrados, sólo sabe de sus necesidades concretas que exige le sean satisfechas. Por primera vez en nuestra historia el hombre sin más reclama el reconocimiento de su humanidad; toma conciencia de su ser y trata de expresarlo por el medio más directo, el de la acción.

Sin embargo, no habrá de ser ésta una tarea fácil: el hombre de México, como el hombre de cualquier otra parte del mundo, tendrá que enfrentarse a los otros, a sus semejantes, que se empeñarán en reducir esta semejanza. Mil trampas se tienden para callar esta fuerza, para someterla, subordinándola a limitados intereses. En doctrinas exóticas, ajenas a nuestra realidad, se buscará la justificación de este sometimiento. En nombre del Hombre Universal se tratará de ahogar las voces del hombre concreto., en México. Primero el criollo, después el mestizo, pugnarán por orientar esta fuerza ciega del pueblo por el camino de sus intereses de casta.

En adelante esa pugna dialéctica entre pueblo y casta va a continuar sin descanso, dando lugar a etapas de optimismo y de pesimismo nacionales. Optimismo y pesimismo de las castas conductoras frente a la reacción de un pueblo cuya fuerza no podrá ya ser ignorada optimismo que va a coincidir con etapas de nuestra historia en las cuales se ha logrado frenar esta fuerza. El optimismo del criollo del XVIII que había visto en la independencia política la realización de sus Ambiciones de casta decae en el más crudo pesimismo al sentirse incapaz para frenar las fuerzas que la revolución ha desatado. Nuestro criollo, puesto a reflexionar sobre su fracaso, culpa a su propia constitución mental. Constitución mental cuya herencia achaca a España y a la Colonia. Su preocupación siguiente será la de transformar estos hábitos y costumbres heredados de la Colonia, considerando que será esto suficiente para establecer un orden de cosas que coincida con sus intereses. No se le ocurre transformar el orden social que ahora

hereda. Todo lo contrario, se esforzará porque éste permanezca inalterable. Luchará por el restablecimiento del orden colonial, pero sin España buscando otro tipo de justificación filosófica.

Se ha dicho que el hombre de nuestro siglo XIX fue un "fugitivo de su realidad" porque negó lo realizado por el mexicano del XVIII; porque no continuó realizando es mundo optimista que se perfilaba una vez lograda la independencia política de México. Me parece todo lo contrario: el mexicano del XIX que negaba esta realidad mediante abstracciones importadas. Los ideales del mexicano del XVIII habían fracasado porque ignoraban la auténtica realidad mexicana. De éstos será más consciente nuestro hombre del XIX que criticará al primero de utopista. Buscará más hondo, tratando de encontrar la clave de su fracaso; pero no tan hondo que dé con ella. Se analizará a sí mismo realizando la más cruel de las autopsias sobre su propio ser; pero una vez más se olvidará de los otros, de los otros mexicanos que le rodean. Hará de sus reacciones un arquetipo de las reacciones de los demás. Considerará sus propios males como nacionales, y su remedio a éstos como un remedio nacional.

Un nuevo grupo social, más dinámico, más activo y revolucionario, surgirá en México en los mediados del XIX, el mestizo que se considerará a sí mismo como la clase que habrá de uncir al país en el carro del progreso por el que marchan las grandes naciones del mundo, concretamente los sajones, Inglaterra los Estados Unidos de Norteamérica. El complejo de inferioridad que se pudo haber formado en el criollo fracasado no existe en este mestizo de mediados de nuestro XIX. Cree, como el criollo, que la raíz de nuestros males está en la nefasta herencia de hábitos y costumbres que nos dejara la Colonia; pero sabe algo más, y en esto está su dinamicidad, sabe cómo curar estos males. La acerba crítica que sobre sí mismo hacía el criollo es convertida en reflexión constructora. Sabe que es menester hacer un México nuevo, un nuevo hombre, y para lograr este fin se apropia de una doctrina en boga en aquel entonces, el positivismo. La filosofía natural de los pueblos sajones. La filosofía de lo práctico y concreto que ha hecho de estos pueblos los rectores de la nueva civilización. El positivismo, filosofía de hechos, permite al mexicano tomar conciencia de muchos aspectos de su realidad para los cuales había permanecido ciego. Pero no para todos los hechos, no para toda realidad. Al igual que el criollo, nuestro mestizo de la segunda mitad del XIX será ciego para esa realidad más honda que se esconde en los campos, el hombre de México al que despectivamente se llama "el indio" y con el indio, otros grupos de hombres a los cuales la suerte no ha favorecido. Nuestro mestizo crea un nuevo prototipo de hombre pero se niega a reconocer la existencia de una masa de hombres concretos que le rodean. Tiene conciencia sí mismo, como antes la tuvo el criollo, pero no la tiene de los "otros".

Sabe de "los otros", pero sabe lo que quiere saber de ellos y los coloca dentro un cuadro de interpretaciones que necesariamente le son ajenas. Concede a los otros una humanidad, pero una humanidad apenas en crecimiento, bastante alejada aún de las metas de un supuesto progreso. El mestizo se erige a sí mismo en tutor de esos "otros", es el encargado de realizar sus aspiraciones de bienestar y libertad que deben ser antecedidas por una etapa de orden y seguridad. Nuestro mestizo será el encargado de establecer este orden y esta seguridad, dando lugar a una de las doctrinas más famosas de nuestra historia, del Porfirismo. Surge un nuevo orden y, con él, una nueva era de optimismo cuyos riesgos recuerdan al que le precediera en el siglo XVIII.

Bajo la patriarcal figura de Porfirio Díaz y la dinámica clase que le rodea, México parece estar por fin a la altura de los grandes países del mundo contemporáneo. Nuestros hombres hablan en el argot de este mundo: civilización, progreso industria, riqueza, ferrocarriles, caminos, etc. Nadie se pregunta si todo esto nos pertenece o no es sino un reflejo de ese mundo que se quiere imitar, cuya fuerza se hace sentir subordinándonos en nuevo coloniaje. El orden y la paz es al fin un hecho. Esas fuerzas ciegas que a partir de nuestra independencia política habían estado agitando al país sin planes, sin proyectos, como expresión de un descontento siempre permanente, parecen dormir. La civilización y el progreso expresados en ese "mátalos en caliente" han puesto al fin el orden. México está a la altura del nuevo modelo de hombre que se encuentra en boga en el mundo. La historia, al fin, parece detenerse. El orden señala los límites del progreso.

Este orden, como los anteriores que se apoyaron en una serie de supuestos ideales, tomados, prestados de realidades que le habían sido ajenas, caerá igualmente roto. Nuevamente esas fuerzas ciegas y sordas que por varios siglos se habían querido ocultar, saldrán a flote una vez más. En esta ocasión su salida habrá de ser más poderosa y, lo deseamos, definitivamente. El hombre de México, el hombre concreto, no el hombre que cazaba con determinados supuestos tomados de realidades que le eran ajena, sale de todos los ámbitos de nuestro país mezclándose sin prejuicios, animado sólo por un afán de mejoramiento social, político, económico y cultural. Criollos, Mestizos e indios se mezclarán en esta Revolución que sintomáticamente ha sido llamada mexicana.

A la Revolución se lanzaron hombres de las más diversas situaciones sociales, políticas e ideológicas. Hombres que se hallaban desesperados en sus no menos diversas esperanzas. Hombres a los cuales faltaba algo tan concreto como un trozo de pan, la oportunidad para dar cauce a discretas aspiraciones, un pedazo de tierra para trabajar, o un campo de inspiración que no estuviese creado por el egoísmo de los grupos dominantes. Por un lado se movían grupos de hombres desplazados y, por el otro, de hombres que nunca habían tenido nada. Unos vieron en la Revolución la oportunidad para hacer realidad sus ambiciones de predominio político; otros para poner fin a una situación social que se prolongaba desde la Conquista. Esta diversidad de aspiraciones se hizo patente en dos divisas revolucionarias: "Sufragio Efectivo y No Reección" y "Libertad y Tierras."

Este movimiento tuvo su raíz en la entraña misma del hombre de México. No le movieron teorías o filosofías importadas. No se quiso justificar nada en forma grandilocuente. No se habló del hombre, el Humanismo o la Humanidad, pero se refirió al hombre concreto, a lo que cada mexicano quería en particular. La multiplicidad de los planes revolucionarios, planes contradictorios los unos con los otros, indica, mejor que nada, ese fondo de realidad humana que los animaba. Todos estos hombres aspiran a un mundo mejor, mundo que no aciertan a decir cómo podrá ser. Están descontentos, pero con un descontento concreto, circunstancial, limitado, pero por lo mismo humano. Todos ven en la Revolución su oportunidad, su posible mejoría. Y esta mejoría dependerá en cada caso de lo que cada mexicano considerará en particular como lo mejor. Se trata de una mejoría fácil, sencilla; no se va a mejorar a todo el género humano, sino a cada mexicano en particular. Y ésta, por su sencillez, habrá de ser la más difícil de todas las mejorías, porque en ella chocarán múltiples intereses. Pero será también este choque el que dé al mexicano una más clara conciencia de lo humano. De lo humano propio y de los otros.

La Revolución mexicana le descubrió al hombre de México una serie de facetas que con anterioridad los grupos dominantes se habían empeñado en ocultar. Un mundo casi ancestral al brotó como por encanto desgarrando ese mundo acartonado y ridículo que el Porfirismo había levantado. Con esta Revolución se inicia una auténtica vuelta del hombre sobre sí mismo. Primero los pintores y poetas, ahora los filósofos, continúan en ese empeño por destacar al hombre sin más. Un hombre concreto, pero un hombre; tan hombre como el de otras culturas y otros continentes.



Un amigo nuestro, José Luis Martínez, decía hace pocos días que era ésta una preocupación nacionalista inoportuna e inadecuada para nuestra época. Pero no hay tal. Esta preocupación nuestra que aquí nos reúne es, en mi opinión, ajena a toda preocupación simplemente nacionalista, chauvinista. A las universalidades no se llega por el camino de la pura abstracción. En realidad, los pueblos que han alcanzado universalidad, la han alcanzado partiendo de su concreción, de lo que les es concreto. Concreción que han sabido elevar al campo de la universalidad. En lo concreto, lo más concreto como es el hombre de carne y hueso, se encierra lo universal, lo que es válido para todos los hombres de carne y hueso, para todos los semejantes. Por eso nuestra Revolución, por concreta, ha sido el más espontáneo fruto de esa realidad

concreta que es el hombre de México. Antes de esta revolución este hombre había permanecido oculto tras una serie de falsas imágenes importadas, con las cuales trataba de justificarse ante los otros. No se sentía suficientemente justificado con su propia existencia y recurría a la de otros para justificarse. Ahora es cuando se empieza a tocar simplemente al hombre, se le empieza a perfilar. No se le dice lo que es, ciertamente, se le dice lo que habrá de ser. Al dibujarse el perfil del hombre de México se está también, dibujando el perfil del hombre sin más. Nuestro perfil tendrá necesariamente que aportar algunas líneas al perfil del hombre universal, al perfil de ese que hace del hombre un hombre, independientemente del espacio y el tiempo.

Él nacionalismo sin más es un gran peligro, de esto somos plenamente conscientes y nos empeñaremos en eludirlo. No queremos crear una máscara más, la del mexicano o lo mexicano, que sirva nuevamente para ocultar esa realidad humana que con tanta dificultad ha podido hacerse patente. El mexicano no debe ser otra cosa que expresión de lo concreto, no lo determinante del hombre. Lo importante es que podamos tornar conciencia de

nuestro ser hombres y, con ella, del ser hombres de los demás: No debemos ir en busca del mexicano, que esto sería caer en esas discriminaciones de que se ha hablado, sino del hombre concreto que se perfila en México. Por esto creo que tampoco debemos ir a nuestra historia con el solo propósito de buscar en ella las llamadas épocas o etapas de "normalidad del mexicano", esto es modelos para nuestra futura acción. No, en esto hay que ser más dialéctico. El pasado es siempre lo que fue y no tiene por qué seguir siendo en otra forma que como lo que ha sido. No se debe depender del pasado, el pasado es el que debe depender de nuestro presente. La historia nunca es maestra de la vida, sino justificación o instrumento de lo que ésta quiere en su presente. Ninguna etapa de la historia del hombre es por sí misma normal o anormal. Su normalidad o anormalidad depende del punto de vista o los intereses del que así la juzga. Si se tiene una mentalidad tipo criollo siglo XVIII mexicano, es claro que se verá a esta época como la etapa más normal de México a la que es menester volver si es necesario; o si se tiene una mentalidad tipo mestizo liberal del siglo XIX, lo normal será esta época y lo demás se verá como negativo. Pero si lo que importa es el hombre actual de México, ese que se está haciendo y para el cual se buscan arquetipos en el pasado, ese pasado, por serlo, no puede ser otra cosa que experiencia, una expresión de lo que fue para que el hombre de México pueda seguir siendo. No se trata de negar el pasado en un sentido común y corriente, sino de negarlo asimilándolo, esto es, colocándolo dentro de nuestro mundo de experiencias, que a esto se llama toma de conciencia. Lo normal no puede estar en el pasado, sino en el futuro, aunque sea un futuro siempre inalcanzable. Lo normal es el hombre sin más al que es menester reconocer para reconocernos a sí mismos.

Fin de "Dos Ensayos Sobre México y lo Mexicano"